


Lo que Dios me pide es un regalo

A silhouette of a person's head and shoulders is shown in profile, looking out over a vast landscape. The background features a bright sunset or sunrise over a body of water, with the sun low on the horizon. The overall scene is bathed in the warm, golden light of the setting or rising sun, creating a contemplative and serene atmosphere.

La vocación de algunas mujeres que
aparecen en el Evangelio

arguments

Lo que Dios me pide es un regalo

La vocación de algunas mujeres
que aparecen en el Evangelio

Diego Zalbidea

© Arguments Catequesis

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esa obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares.

Para cualquier cuestión puede escribirnos a catequesis@arguments.es

Primera edición: mayo de 2021

Todos los derechos reservados © Arguments Catequesis

Autor: Diego Zalbidea

Edita: Asociación Arguments Catequesis

Portada: imagen de Unplash.

Arguments Catequesis

Monasterio de la Oliva 7, 2º B

C.P. 31007, Pamplona, Navarra (España)

www.arguments.es

“Que María, Reina del amor, vele sobre las mujeres y sobre su misión al servicio de la humanidad, de la paz y de la extensión del Reino de Dios”, (San Juan Pablo II , Vaticano, 29.06.1995).

Prólogo

Muchos de estos textos estaban ya escritos desde hace tiempo en la sección de “Mi vocación es un regalo” de Arguments. Esta es pues una recopilación. Lo que la ha originado es la posibilidad de intuir un hilo que unía todas estas vidas: reconocer que lo que Dios les pedía era un regalo que les hacía. Son mujeres que aparecen en el Evangelio. Unas son madres, otras esposas, otras abuelas, otras hermanas, otras amigas, y todas ellas son hijas. Han cuidado y amado a sus padres, a sus esposos, a sus hijos, a sus hermanos, a sus nietos, a sus amigos y a quien se ha puesto por delante.

Algunas han rechazado esa misión y han desperdiciado ese don inmerecido. La libertad es así. Lo bueno es que siempre cabe recuperarla. Muchas, en cambio, han descubierto ese talento tan femenino y han acogido lo frágil, lo vulnerable o lo imperfecto. Han descubierto que necesita tanto o más cariño el que no se vale por sí mismo o es despreciado por los demás. Han dedicado su vida a hacer que esas personas se sientan valiosas y únicas, y lo han logrado con creces.

La primera de todas ellas es María, la madre de Jesús y madre nuestra. Por eso se publica este libro el día de la madre. En todas ellas hay algo de María. A ella le pido que siempre existan en el mundo mujeres líderes, valientes y visionarias que dediquen su vida a cuidar de lo frágil, a enseñarnos el valor de lo

insignificante. Solo así, la civilización que ha descartado lo inútil se salvará y descubrirá que allí donde solo advierte un sacrificio, se le ofrece el mejor de los dones.

Esas mujeres nos hablan en primera persona. Es todo una ficción. He pensado cómo nos contarían que su vocación es un regalo. Que Dios las llamó a ser felices con él y a repartir cariño y ternura por el mundo entero. A quien le sirva para rezar y meterse en sus sandalias, genial. Al que le inspire para imaginar su vida y soñar su vocación, también genial. A quien le parezca un atrevimiento, que no pierda el tiempo, y busque otros libros mejores. A esas mujeres, gracias por su entrega y perdón por aquello en que me haya quedado corto.

Gracias a Arguments por su apoyo y estímulo constante.

Índice

- Capítulo 1:** La Virgen María y un cambio de planes.
- Capítulo 2:** La hija de Herodías.
- Capítulo 3:** María Magdalena: apóstol de apóstoles.
- Capítulo 4:** María de Cleofás, una de las primeras mujeres en ser testigo de la Resurrección.
- Capítulo 5:** Una madre de los santos inocentes: ¡Cómo se puede juntar tanto dolor en una sola noche!
- Capítulo 6:** Marta: servir es la mejor forma de vivir.
- Capítulo 7:** La viuda de Naín: «Vi en sus ojos tanto consuelo de un desconocido».
- Capítulo 8:** Una vocación muy especial: ser madre de la Virgen.

- Capítulo 9:** Herodías: «En mi interior sabía que Juan tenía toda la razón».
- Capítulo 10:** María de Betania: «Cada uno tiene la mejor parte porque Dios no hace distinciones».
- Capítulo 11:** La cananea que gritó a Jesús.
- Capítulo 12:** Mujer que gritó: ¡viva la Madre que te crió!
- Capítulo 13:** La madre de Dimas. Una madre consolada por la madre de Jesús.
- Capítulo 14:** Isabel, la prima del Mesías.
- Capítulo 15:** La samaritana: recuperar la dignidad de un plumazo.
- Capítulo 16:** Una madre siempre quiere lo mejor para sus hijos: uno a la derecha y otro a la izquierda de Jesús.
- Capítulo 17:** Susana, una vocación para repartir felicidad, alegría y brillo a los demás.
- Capítulo 18:** La mujer adúltera: de lo peor a lo mejor en un instante, a través del perdón.

- Capítulo 19:** Juana, mujer de Cusa.
- Capítulo 20:** Claudia, la mujer de Pilatos: «En el rostro de María descubrí todo el dolor que había soñado».
- Capítulo 21:** La mujer de Jairo, la madre que empujó al jefe de la sinagoga a pedir un milagro.
- Capítulo 22:** La novia de Caná.
- Capítulo 23:** La mujer de la unción en casa de Simón el fariseo.
- Capítulo 24:** La portera de la casa de Caifás: «Pedro fue el instrumento para que yo me encontrara con su mirada».
- Capítulo 25:** Las mujeres en el camino de la Cruz: «Jesús nos enseñó el sentido del sufrimiento».
- Capítulo 26:** La viuda del gazofilacio y las monedillas que costó el Corazón de Jesús.

CAPÍTULO 1



La Virgen María y un cambio de planes

«El ángel le dijo: “No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios”» (Lc 1,30)

Siempre sus planes son mejores, más divertidos, rápidos y sencillos

Mi vocación es un regalo porque Dios lo ha hecho todo. Todo ha sido gracia, don, regalo, sorpresa. Yo nunca había imaginado nada así. Es una maravilla. Aunque me pasara toda la vida y la eternidad dando gracias no lograría expresar lo que siento. Al principio me costaba mucho aceptar que mi vocación fuera algo tan especial, único e importante. Luego me di cuenta de que todas las vocaciones son así, aunque a veces no lo vemos al principio.

A mí me gusta más la sombra, aunque me encanta el solecito de primavera. Cuando llegaba el verano en Nazaret hacía demasiado calor. Mis amigas y yo siempre competíamos a ver quién se ponía

morenita pronto. Mi piel es muy agradecida y al mínimo contacto con el sol se doraba como le pasa a toda buena israelita. Somos un pueblo que ha caminado mucho por el desierto...

Toda para Dios

Quería ser toda para Dios. Era una cosa entre los dos. Un regalo que Él me hacía. De repente Dios cambió el rumbo. Ya le he ido pillando que le encanta cambiarnos los planes. Siempre sus planes son mejores, más divertidos, rápidos y sencillos.

Cuando el Arcángel Gabriel me dijo lo que Dios pensaba y sentía por mí casi me muero. Nunca lo había soñado. Os parecerá una bobada pero lo que más me costaba era pensar lo que dirían todas mis amigas, mi madre y el propio José si les explicaba que iba a ser Madre del Mesías: «Hija, te ha dado demasiado el sol. Siempre te digo que los primeros días hay que ir poco a poco» (era el 25 de marzo y acababa de empezar la primavera). Yo pensaba: «No me ha dado mucho, me lo he tragado. Tengo dentro al sol de los soles».

No temas María

Dios fue haciendo que poco a poco todo se resolviera. Por un lado yo estaba emocionada. Ya llegaba el tiempo del Mesías. Íbamos a ser salvados por fin. Yo lo estaba tocando pero me daba miedo estropear todo. Me daba mucho miedo que por ser

una niña de un pueblo, no una reina o una heroína (como Ruth, Esther o Raquel) no diera la talla para esa misión. Me daba miedo no estar a la altura de lo que Dios me pedía. Sin embargo eso desapareció como había venido. El «no temas» de Gabriel se me metió muy dentro y me llenaba de paz. Me dijo que yo le hacía gracia a Dios, o algo así. Para mí era lo máximo: divertir a Dios, hacerle pasar un rato agradable, agradarle en el fondo. No entendía mucho pero el corazón se me desbordaba de alegría y entusiasmo. Me pasaba todo el día cantando.

Qué suerte tengo. Dios disfruta conmigo, vive conmigo, me pide que lo cuide. ¡Viva la vida! ¡Viva mi sol! Ya no me da miedo ser pequeña, débil o una simple niña de Nazaret. Dios elige así y yo seré la garantía para todos por siempre de que Dios elige sin pensarlo mucho, o mejor dicho, le da la gana elegir a los pobres, para confundir a los que se creen ricos. A mí me ha tocado la lotería. Nadie tiene oro suficiente para comprar lo que Dios me ha regalado. Gracias, Dios mío, qué bueno eres!!!

CAPÍTULO 2



La hija de Herodías

«El día del cumpleaños de Herodes, la hija de Herodías danzó delante de todos y le gustó tanto a Herodes, que juró darle lo que pidiera» (Mt 14, 6-7)

No tengo nombre...

No tengo nombre en el Evangelio. Sólo aparece el de mi madre y el del asesino de mi padre. Lo que de mí se cuenta allí es tremendo. Sin embargo, no sé si alguno se ha parado a pensar todo el sufrimiento que cabe en un corazón joven, como era el mío.

Era el centro, todos me miraban y hacían comentarios sobre mi belleza, mi destreza en el baile y mi capacidad de seducir. Pensé que eso me llenaba y creía que era lo más feliz que podía ser una joven a tan pronta edad. Lo tenía todo: la admiración, el poder, el atractivo, el dinero y muchos hombres que me deseaban como su esposa.

No tenía lo que más necesitaba...

Cualquiera hubiera deseado estar en mi situación, pero yo sabía en el fondo que no tenía lo que más necesitaba: amor verdadero. Desde que recuerdo siempre he tenido que "comprar" el amor. No lo encontraba gratis por ningún lado. Nadie me ofrecía amor sin más, amor incondicional. Herodes había matado a mi padre para quedarse con mi madre. En un entorno así hay de todo menos amor verdadero. La impureza lo ensucia todo, lo corrompe todo y hace del amor, mejor de su ficción, su mejor arma, su mayor trampa.

Yo, además, he ido empeorando todo. Sin darme mucha cuenta entré al trapo. Yo también comerciaba con el amor. Ponía mi precio, amaba siempre a cambio de recompensas y no me entraba en la cabeza ni en el corazón que se pudiera hacer de otra forma. Si alguien no correspondía o te fallaba era cuestión de buscar otro. Había mucho dónde elegir.

Solo deseaba que mi madre me quisiera

Hay un hecho que es como el reflejo de toda mi vida. El día del cumpleaños de Herodes bailé especialmente bien y él me lo agradeció. Quiso ofrecerme lo que pensó que más me atraía. Yo solo deseaba que mi madre me quisiera y deseaba agradecerle, pero me equivoqué: le ayudé a ser muy infeliz, a hacer más profunda su tremenda amargura.

Quise comprarla, quise comprar su amor y me serví de su envidia, de su debilidad. Vendí a Juan, su vida, por comprar amor y me quedé mucho más vacía que nunca. Es muy fácil hacer perder la cabeza a los hombres. Con un baile me hice con la de Herodes y con la de Juan. Parecen fuertes pero no lo son. El Evangelio no cuenta nada más.

¡Ojalá alguien supiera cuánto sufrí! Me daba mucho miedo que no me quisieran. Nunca había sentido que nadie me quisiera por mí. Por eso utilicé todos mis talentos, verdaderos regalos de Dios, para seducir, para obligar a los demás a quererme. Justo eso era lo que hacía imposible un amor fruto de la libertad, que era el que yo ansiaba recibir. No quería recibir un precio, un pago, sino un regalo. Algo incondicional. Tuve miedo de no recibirlo e intenté comprarlo.

¡Ojalá pudiera hablar con muchos jóvenes para explicarles mi error, para gritarles que se dejen querer, que no intenten obligar a que les amen, que no compren algo que sólo puede regalarse, que se arriesguen a que no les quieran porque sólo así pueden ser queridas y queridos de verdad, libremente, por amor verdadero!

Ahora sé que lo hubiera hecho de otra forma

Yo me apropié de mi tesoro, de unas cualidades que no me había dado yo, pero así lo perdí todo. Por amarrar un poquito de cariño cerré mi corazón a una montaña de amor que se me ofrecía libremente. Tuve

miedo de la libertad de los demás. No me - fié de nadie. Sobre todo no me fié de mí misma. Ahora sé que lo hubiera hecho de otra forma. No me di cuenta del valor que tenía mi vida. Pensé que nadie me iba a querer si conocía cómo era mi corazón. Me valoraba muy poco. Más que poco, yo diría que nada. No me respetaba. Tenía tanta necesidad de que me quisieran que pretendí obligar a los demás y recurrí al chantaje y a los trucos más rastreros, a sus debilidades. Rezad por mí para que algún día pueda recibir el Amor, el que nace de la libertad más grande, la de Dios, aunque sea después de purificarme hasta el fin de los tiempos.

CAPÍTULO 3



María Magdalena, apóstol de apóstoles

«Resucitado al amanecer del primer día de la semana, se apareció primero a María Magdalena, de la que había echado siete demonios» (Mc 16, 9).

Jesús me lo ha dado todo

¡Cómo no voy a estar agradecida a Jesús! Me lo ha dado todo. Yo había perdido hasta la última esperanza y ahora soy tan feliz. Si no fuera porque conozco muy bien a María, la madre de Jesús, diría que soy la mujer más feliz del mundo, pero es que ella es tan alegre, está tan llena de gracia y de gozo, que me conformo y me entusiasma ser la segunda. Cada vez que me doy cuenta de lo que Jesús me ama, me llenó de emoción.

Pensaba que no pintaba nada

No me pregunto por qué me ha tocado a mí, pero realmente nunca había pensado que iba a ser tan

feliz. Tan cerca de Jesús y de María, tan dentro de su corazón, tan presente en los mejores momentos, y también en los peores. A veces trataba de quitarme de en medio, porque pensaba que estorbaba en esas situaciones. Sin embargo, María se daba cuenta enseguida y me agarraba. Hacía como que se apoyaba en mí, que me necesitaba, pero era para retenerme.

Jesús nunca me hablaba del pasado; era como si se hubiera olvidado de todo. Yo de vez en cuando le sacaba el tema y Él me pedía que lo dejara, que su Padre me había perdonado y que todo estaba curado, sanado y arreglado. ¡Qué paz me daban sus palabras! ¡Qué fiesta continua porque he regresado a «casa»! Yo también estaba gastando mi herencia de mala forma y él me devolvió mucho más de lo que perdí.

No se arrepentirá

No puedo comprender mi vida más que como un regalo. He vuelto a nacer. Cada día es diferente. Después de estar tan mal, ahora despertarme es caer en la cuenta de que mi día tiene sentido, que alguien me espera, que mi vida es valiosa para él. Así es mucho más fácil vivir, luchar y sufrir. Y todavía mejor reír, disfrutar y amar. No tengo que darme vueltas: es muy sencillo. Él me ha buscado donde yo pensaba que estaba sola. No hay marcha atrás. No se arrepentirá. Podía haber elegido a cualquiera, por eso es un regalo. Yo no merezco nada después de cómo me he portado y de cómo he malgastado mi libertad.

Ya sé que no es lógico. Él funciona –piensa,

siente y ama- como nosotros, pero siempre hay “un plus”, un algo más que llega muy lejos. Yo estoy encantada y quiero vivir toda mi vida dándole gracias. ¡Qué bueno es Dios!

Me gustaría no volver a perder y destrozar su regalo. Sé que es perfectamente posible. Ya he visto de lo que soy capaz y nada me extrañaría viniendo de mí. De todas formas, lo pasé tan mal, sufrí tanto, mi vida tenía tan poco sentido que siento pavor solo de pensarlo.

Vino a buscarme la primera...

Jesús me inspira confianza, me hace no pensar en eso, me habla de lo contrario: de cómo va a pagarme lo que le quiero, lo que le doy. Es tan poco que me da vergüenza, pero a Él le parece una maravilla, lo mejor del mundo. Va a invertir todos sus recursos celestiales en hacerme la más feliz después de su madre. Ya he sufrido bastante, según Él. Ahora toca disfrutar. Por eso, el domingo vino a buscarme la primera. Pienso que es porque yo era la que más lo necesitaba, la más abatida. Tengo mucho corazón y eso me hace insegura. Con Jesús tenía paz, pero sin él pensaba que moriría. Cuando lo vi morir en la Cruz pensé que el mundo entero se me venía encima. Me aplastaba. María me decía que tuviera paciencia, que confiara en él. Pensé que el dolor la había aturcido. Era yo la que estaba trastornada. Era solo cuestión de recordar las palabras de Jesús. ¡Qué gozada oír mi nombre dicho por él de nuevo! Lo reconocí enseguida porque nadie lo dice con tanto cariño. Me ha pedido

que vaya por delante, que le ayude a despertar a muchos y muchas a su amor. Me ha convertido en en apóstol de apóstoles. Solo quiero compartir esta alegría con muchos, con todos. Nadie puede desesperar. Me ilusiona gastar toda mi vida ayudando a los demás a conocerle y disfrutar de su Amor.

CAPÍTULO 4



María de Cleofás, una de las primeras mujeres en ser testigo de la Resurrección

«Ellas partieron al instante del sepulcro con temor y una gran alegría, y corrieron a dar la noticia a los discípulos. De pronto Jesús les salió al encuentro y las saludó. Ellas se acercaron, abrazaron sus pies y le adoraron. Entonces Jesús les dijo: “No tengáis miedo; id a anunciar a mis hermanos que vayan a Galilea: allí me verán”» (Mt 28,8-10)

Soy una de las tres Marías

En los momentos de la pasión y en la resurrección tuve la suerte de acompañar a la madre de Jesús. Soy una de las otras Marías. Madre de Santiago el menor y Judas Tadeo. Esposa de Cleofás, uno de los discípulos de Emaús.

Jesús trataba a mi familia de una forma muy cercana, íntima diría yo. A todos nos quería a rabiar. Disfrutaba con mis hijos y a mi marido lo quería como un hermano.

Tuve la suerte de acompañar a la madre de Jesús

Quizá lo mejor que me ha pasado en la vida fue que pude cuidar de su madre aquel viernes tremendo y que fui el domingo a embalsamar el cuerpo de Jesús. Creo que a ninguna mujer le gusta dejar las cosas a medias. Por eso el sábado fue un día de espera un poco larga. Queríamos dejar el cuerpo de Jesús como se merecía. Quizá eso nos sirvió para atenuar el dolor, para hablar de él sin pensar en lo traumático que había sido verlo en la Cruz. Nos distraía pensar en prestarle un último servicio. Deseábamos tener un detalle de cariño y de ternura con él y con su madre. Todas nos poníamos instintivamente en su posición y admirábamos su fortaleza. Siendo frágil y sensible como era había demostrado tener una fe y un aguante como nadie imaginaba.

Por eso, aquella mañana ya estaba despierta cuando amaneció. Todas estábamos impacientes y sentíamos algo que no sabría como describir. Salimos las tres Marías, la Magdalena, la madre de Juan y Santiago y una servidora. No decíamos nada. Ya habíamos hablado suficiente el día anterior. No digo que corriéramos, pero claramente no estábamos dando un paseo matutino. Era una carrera contra el tiempo. Queríamos volver a ver el rostro amable y joven de Jesús. La piedra era lo de menos. Ya pensaríamos cuando estuviéramos allí. Quizá en eso de tener mucho corazón es una ventaja porque uno no piensa tanto. Y entonces vino aquella sorpresa. La losa corrida y aquél joven que nos dio la gran noticia: ¡Ha resucitado!

¡Jesús había resucitado...!

¡Ha resucitado...! ¡No podíamos creerlo! Empezamos a gritar como locas y a abrazarnos en medio de un mar de lágrimas de alegría. Yo creo que aquel joven tuvo que derrochar paciencia porque no le hicimos caso durante varios minutos. Quería darnos un mensaje para los apóstoles pero las tres hablábamos a la vez y decíamos cosas preciosas, inconexas y maravillosas. Las tres nos oíamos y mezclábamos nuestras lágrimas, la risa, la emoción y la ansiedad por correr a contarlo. De repente, dejando al joven un poco plantado, aunque solo nos dimos cuenta después, echamos a correr hacia el Cenáculo. Teníamos que contárselo a todos, teníamos que darles la noticia. Debían saberlo cuanto antes. Yo pensé en Cleofás, que ya hacía planes para volver a nuestra aldea, Emaús. Sin embargo, tengo que reconocer que en el camino me olvidé completamente de él porque de repente se nos apareció el mismo Jesús y nuestro gozo fue completo. No podíamos creerlo. Estaba ahí, más guapo, más joven y más sonriente que nunca. Ahora todavía quería correr más y pensé en la alegría que le daría a la madre de Jesús la noticia.

La alegría que vi en el rostro de la Virgen no se puede describir

Al llegar a casa, María Magdalena y María Salomé fueron a contárselo a los apóstoles. Yo busqué a María y la encontré en su habitación, muy tranquila

y con ojos de haber llorado mucho y dormido poco. Estaba preciosa de cualquier modo. Entonces le dije lo que habíamos visto. Lo que vi en su rostro no se puede escribir. La alegría que desprendían no la he vuelto a ver en nadie más. Me dijo que ya había visto a Jesús, que había ido a verla y que era maravilloso lo que había sucedido. Que Dios siempre hace las cosas muy bien y que no sabía cómo expresar lo que había sucedido. Entonces me dio un abrazo que todavía me dura. Me apretaba fuerte y podía sentir su emoción, su cariño por Jesús y por nosotros, ahora sus hijos.

CAPÍTULO 5



Una madre de los santos inocentes: ¡Cómo se puede juntar tanto dolor en una sola noche!

«Al verse burlado por los magos, Herodes montó en cólera y mandó matar a todos los niños de dos años para abajo, en Belén y sus alrededores, calculando el tiempo por lo que había averiguado de los magos» (Mt 2,16)

Sólo tenía seis meses...

Seis meses tenía Bartolomé cuando Dios permitió que Herodes destruyera nuestras vidas. ¡Cómo se puede juntar tanto dolor en una sola noche! ¡Cómo es posible que las sombras se metan tan dentro del alma! Pensaba que se me paraba el corazón. Que iba a ser imposible vivir así toda la vida.

¡Queríamos estar muertas antes que vivir ese drama...!

No había nadie que se salvara. En un pueblo tan pequeño todos teníamos algún hijo, sobrino o conocido. Era tremendo. No podía mirar a ningún lado sin ver el rostro desgarrador del sufrimiento más atroz. Todas querríamos estar muertas, antes que vivir ese drama. No había nada donde agarrarse.

No había quién nos consolara y por eso mismo tuvimos que hacerlo nosotras. Dios me dio la fuerza para armarme de valor e ir hablando con todas las madres, una a una, con todas las abuelas y todas las hermanas. Les dije que el dolor no podía paralizarnos, que nuestros hijos, nietos y hermanos tenían padre y hermanos y que ellos ahora nos necesitaban más que nunca. No podíamos encerrarnos en el odio y en la desesperación. Una a una fueron agradeciendo mis palabras, pero yo no era capaz de aplicármelas. En cuanto me quedaba sola rompía a llorar sin consuelo. Me ahogaba la pena. Pensaba en mi Bartolomé y le pedía que volviera: no me dejes, no he podido disfrutar de ser tu madre, no he tenido ni seis meses del orgullo de haber traído al mundo un tesoro como tú.

Puedes estar orgullosa...

Entonces y de forma más o menos repentina e inesperada sentí un poco de paz, acompañada por una

lucécita en mi corazón que luchaba por abrirse paso. Era como si el propio Barto, mi hijo asesinado por envidia, me dijera: «mamá, no te he dejado, cuido ahora de todos desde aquí. Tenía una misión muy importante y puedes estar orgullosa del bien que hemos hecho a la humanidad. No te preocupes que tomaré el biberón todos los días y no lloraré por las noches».

No sabía si reír, si me estaba volviendo loca, si llorar más. Como no tenía nada me agarré a esto.

La ventaja de un pueblo es que siempre hay alguien que necesita tu ayuda. Somos un pueblo unido y muy de compartir. El que recoge una nueva cosecha de higos la reparte y los niños los devoran.

No hay dolor comparable

Pensé que no solo había perdido mi tesoro sino el de todas mis amigas. De repente mi dolor se multiplicó pero se hizo mucho más sereno. Incluso pensé en todas las madres que a lo largo de la historia iban a perder a sus hijos violentamente y comprendí que nuestro dolor salvaría al mundo, que mientras haya madres que sufran habrá cariño en la tierra y que nuestro sufrimiento era una semilla de una nueva época en la historia. Qué bueno es Dios que nos ha elegido para ser las primeras de una multitud de heroínas. ¡Olé las madres que pierden a sus hijos, sea del modo que sea! Son el tesoro de la humanidad y deberíamos cuidarlas mejor. No hay dolor comparable. No hay sufrimiento mayor. No pueden

estar solas nunca.

Pero lo mejor estaba por venir. Varios años después, un día de primavera, apareció una mujer joven y me buscó. Se llamaba María. Quería hablar conmigo. La invité a pasar a mi casa. Nos sentamos y de repente rompió a llorar. Nunca había visto un llanto así. Inmediatamente y sin saber por qué, me uní a ella. Llorábamos sin parar abrazadas, hasta que un poco más serenas logró contarme la verdad de aquella noche. Me pidió que no lo contara porque nadie sabía todavía quién era Jesús, pero no podía vivir sin compartirlo con al menos una de nosotras. Era como si me estuviera pidiendo perdón por el crimen de Herodes, como si se sintiera culpable.

Tratar de acariciar un corazón roto

Me siento orgullosa de Barto, ha sido uno de los elegidos y yo tengo la suerte de ser su madre. Ahora ya soy mayor y he conocido a Jesús. Me recuerda continuamente a mi hijo, que tendría su edad. Cuando murió en la Cruz quise acercarme a María para acompañarla en su dolor y tratar de acariciar su corazón roto. Solo quien lo ha vivido puede comprender lo que sufrimos.

CAPÍTULO 6



Marta: servir es la mejor forma de vivir

«Marta, Marta, andas inquieta y preocupada con muchas cosas» (Lc 10,41)

Jesús me liberó...

Jesús me liberó, me dio paz, me dio el valor que necesitaba para ser yo misma, para hacer lo que yo quería, para disfrutar con lo que hacía: cuidar de mi hogar y de los míos. Me hizo el mejor regalo: me dio a entender que lo que yo hacía le encantaba.

Me encanta mi nombre

Me dijo que necesitaba que yo disfrutara. Que sirviendo podía hacer muy felices a los demás y que era la mejor profesión del mundo. Que servir es la mejor forma de vivir una vida que valga la pena y que Él me tenía un premio preparado ya para aquí, sin esperar al Paraíso.

Me sentí entonces liberada. Sus palabras: «Marta, Marta, andas inquieta y preocupada con muchas cosas» me sonaron a música celestial. Jesús nunca dijo el nombre de una misma persona dos veces como el mío. Que cada uno piense lo que quiera, pero yo estoy convencida de que le gustaba especialmente. Lo deletreo como paladeándolo. Nunca me había parecido tan bonito como entonces. Me encanta mi nombre porque Jesús, Dios hecho hombre, lo dijo con un cariño tremendo.

Le encantaba mi trabajo

Me estaba diciendo que podía ser muy feliz y muy santa con lo que tenía. Que no me pre-ocupara. Que lo que hacía era tan grande que con eso Él era absolutamente feliz. Que no necesitaba nada más: solo encontrarle a Él en medio de todo ese trabajo. Yo estaba como atrapada pensando que me faltaba algo y Jesús me dijo que lo podía encontrar allí mismo, sin moverme, sin dejar de hacer las cosas que hacía. Lo único que necesitaba era mirar de otra forma mi vida: como la miraba Él, con agradecimiento. Mis cuidados le encantaban. Se fijaba en todo, se daba cuenta hasta de la diferencia más pequeña: «Marta, has puesto una especia nueva, ¿es romero?».

Entonces empecé a disfrutar de las cosas más minúsculas. Hasta de los detalles más insignificantes. A partir de entonces cantaba mucho mientras hacía la casa, mientras cocinaba y lavaba la ropa. Se me iba la imaginación a Jesús que me decía: «No te quiero

preocupada. Lo que haces tiene un valor infinito. No hay nada que agrade tanto a mi Padre y me haga más feliz».

Jesús me hizo comprender que le encantaba mi trabajo. Me abrió su corazón. Me mostró sus sentimientos más profundos y ahí toda mi preocupación se diluyó, desapareció, se esfumó como por arte de gracia, no de magia.

Jesús me ofreció la mejor parte también a mí

Mi hermana María había escogido la mejor parte desde el principio. Yo llegué después, pero Jesús me ofreció la mejor parte también a mí, el mayor regalo, la herencia preciosa, una sorpresa indescriptible. Ahora soy muy feliz. Incluso alguna vez se me ha quemado la comida, algo que pasa en las mejores familias. Pero ya no pierdo la paz. Sufro, y a veces lloro, pero sé que Jesús me da siempre la mejor parte. Él es fiel y no me la quitará. Yo puedo perderla, estropearla o ignorarla pero Él no se arrepiente. Siempre está ahí, esperándome.

Quiero vivir este regalo día a día, ocupada en lo que tengo entre manos y con el corazón puesto en Jesús y en los que tengo que cuidar: María, Lázaro, nuestros vecinos y parientes, mi casa. No me angustio ni me preocupo porque no me da ya miedo el futuro. Es de Jesús y Él cuida de mí, me da siempre lo mejor, la parte más fácil, el regalo más gordo.

CAPÍTULO 7



La viuda de Naín: «Vi en sus ojos tanto consuelo de un desconocido»

«Poco tiempo después iba camino de una ciudad llamada Naín, y caminaban con él sus discípulos y mucho gentío. Cuando se acercaba a la puerta de la ciudad, resultó que sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda; y un gentío considerable de la ciudad la acompañaba. Al verla el Señor, se compadeció de ella y le dijo: “No llores”» (Lc 7,11-13)

Cuánto me regaló el Señor en esos años...

Dios me puso delante un gran hombre y no lo dudé un instante. Nos casamos cuando éramos jóvenes pero los hijos no venían. Rezaba y rezaba y no paraba de rezar. Con tanto pedir acabé por asumir que, si Dios no los enviaba, sus planes eran mejores que los míos. Me dedicaba a cuidar de mis amigas y sus hijos: cuánto me regaló el Señor en esos años.

Una auténtica bendición...

Entonces Dios envió su sorpresa y nació Daniel. Fue para nosotros un enviado por Dios, una auténtica bendición. Yo me pellizcaba todos los días para darme cuenta de que no era un sueño: era verdad, era mi hijo.

Pasaba el tiempo y no hacía más que dar gracias a Dios por su gran bondad. Pero de repente Tadeo se mareó un día en su taller. Volvió a casa acalorado y con sudores fríos. Se metió en la cama y ya no volvió a levantarse. Su corazón estaba latiendo por última vez. Murió en paz y agradecido por los últimos años en que había sido un padre ejemplar y un esposo enamorado. Dios lo tenga en su paraíso.

No se le pueden pedir peras al olmo

A mí se me partió el corazón. Era todavía relativamente joven y tener que educar a Daniel fue el mejor motivo para salir adelante, la mejor razón para seguir luchando por vivir. En aquel momento mi hijo tenía 13 años. Estaba adolescente perdido y no entendía nada. Poco a poco fue aceptándolo. Con el tiempo volvió a ser el joven feliz y risueño que llenaba mis días de alegría y de sentido. Compartíamos miles de cosas y Daniel, a pesar de ser muy adolescente, tenía gran confianza conmigo. Intuyo que no me contaba todo pero no se le pueden pedir peras al olmo.

A veces me enteraba de cosas por mis vecinas, las madres de sus amigos, y me hacía la tonta. Nos queríamos a rabiar. Reíamos y llorábamos mucho. Era un chico muy sensible y se hacía cargo de lo que suponía para mí estar sola.

Se lo dije con un nudo en la garganta

Entonces y sin previo aviso Daniel se puso muy enfermo. Avisé al médico y me dijo que no había nada que hacer. Era necesario contárselo. Se lo dije con un nudo en la garganta. Me acerqué a su oído. Parecía dormido y comencé a decirle entrecortadamente:

«Daniel, dice el médico que vas a ir pronto con papá. Dile por favor que le quiero mucho y que necesito que me cuidéis desde allí. Dile también a Dios que no le entiendo nada, que me quita todo lo que me ha regalado y que no sé cómo piensa que podré vivir sin vosotros».

No quiero verte llorar

Él se puso serio. Obviamente había oído todo mi desahogo. Abrió los ojos con dificultad y me dijo: «mamá, no te preocupes que solo voy a prepararte la fiesta sorpresa que ha montado papá. Ya sabes que no somos muy apañados así que quizá nos lleve un poco de tiempo. No quiero verte llorar y estaré vigilándote todo el día como tú has hecho aquí, que ya me he enterado de lo “brujas” que sois tú y todas tus amigas. Gracias por todo y perdona las veces que te he hecho rabiar. Mamá, Dios sabe más. Diles a mis amigos que

les aprecio un montón y que perdonen las veces que les he fallado. Hasta luego mamá, Dios nos cuida, no te preocupes».

Daniel murió y le llevamos a enterrar. Por segunda vez se me partía el corazón.

En el camino se armó un poco de revuelo. Yo no tenía el corazón para prestar atención. Era Jesús, un rabí de Nazaret. Nuestras miradas se cruzaron y de repente me derrumbé. Vi en sus ojos tanto cariño, tanto dolor, tanto consuelo de un desconocido. Le vi llorando por mí y diciéndome que mi hijo resucitaría. Yo no había pedido nada. Se acercó al ataúd lo tocó y sacó a Daniel. Otra vez me pellizqué para comprobar que no soñaba. Jesús me devolvía a Daniel. El segundo regalo era mejor que el primero. De nuevo Dios me deja disfrutar de Daniel pero además, no puedo mirarle sin ver los ojos de Jesús haciéndose cargo de mi corazón partido. Solo cuando murió él al pie de la Cruz entendí por qué me quiso evitar tanto dolor: pensó en su madre.

CAPÍTULO 8



Una vocación muy especial: ser madre de la Virgen

«En el mes sexto, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María» (Lc 1,26-27)

Mi nombre es Ana

Me llamo Ana, estoy casada con Joaquín y Dios nos ha dado una vocación muy singular: somos los abuelos de Jesús. Todo empezó cuando nació María. Vaya joyita de niña, vaya sorpresa para su padre y para mí. A la vez María era tan normal, tan discreta, tan sencilla. No llamaba nada la atención. Era una más entre sus amigas y no le gustaba nada que le dijeran lo simpática que era. Le molestaba un poco, aunque no se le notara. Yo lo hablé un día con ella cuando tendría cinco o seis años, y me dijo muy salada: “tienen toda la razón, mamá, es que he salido a mi madre que es un cielo”. Creí que me la comía. Ella sí que era un cielo.

Le gustaba reír a carcajadas cuando había motivo

¡Cuántas veces me quedaba viéndola dormir en su cuna respirando suavemente! Habitualmente sonreía, era muy risueña y le gustaba reír a carcajadas cuando había motivo y también cuando le entraba la risa tonta, no pocas veces. Era como todas las niñas de su edad. No había nada raro y menos pedante. No se daba importancia y nunca aparentaba. Con ella, sin querer, bajabas las barreras. Eras como eras: una misma sin tapujos. Nunca tuve que excusarme porque nunca me reprochó nada. Eso sí, le pedí perdón muchas veces, por ejemplo, cuando me podía la impaciencia.

María, como todos los niños, aprendió a masticar y al principio se atascaba un poco. Cuando yo le explicaba una y otra vez cómo hacerlo me miraba con sus ojos grandes tratando de entenderlo pero no era muy rápida a veces y yo me desesperaba: “María cariño para cuando lo tragues el pueblo elegido habrá acabado su travesía por el desierto”. Y entonces le daba uno de sus ataques de risa tonta y teníamos que empezar de nuevo.

Le pasaba a mi madre y yo soy toda una experta

Me volvía loca ver lo rápida que María se ponía roja. Es algo de familia. Le pasaba a mi madre y yo soy toda una experta. Somos tímidas. Pero a María le pasaba sobre todo cuando se producía una situación embarazosa para alguien o una amiga quedaba en

evidencia. Entonces vencía su timidez y cambiaba de tema con un ingenio y creatividad que no parecía la misma de siempre.

María no era muy habladora, sino más bien una gran escuchadora. Lo pasaba muy bien con sus amigas que eran dicharacheras y que ante María multiplicaban sus talentos. Posiblemente nunca nadie les había escuchado con tanto interés y tantas muestras de entusiasmo por lo que decían.

Estallaba de risa provocando un jolgorio a su alrededor

Mi hija tenía una risa muy fácil. Era sencillísimo hacerla reír. Tenía muchas cosquillas y recuerdo a su padre entusiasmado mientras la hacía reír acariciándole sus pies con una pluma. También le gustaba reírse cuando se equivocaba. A veces se le trababa la lengua, sobre todo cuando había mucha gente delante y entonces se ponía roja y a continuación estallaba de risa provocando un jolgorio a su alrededor.

Cuando era pequeña y estaba aprendiendo a hablar era muy divertido ver como confundía algunas palabras. Por ejemplo, durante una temporada, cuando yo le preguntaba si me quería, decía invariablemente: tanto. En lugar de mucho, «tanto» le parecía más. Quizá es que nos había oído decir: «te quiero tanto...».

Joaquín, como todos los padres, tenía sus dichos, frases y bromas, que repetía con gran

frecuencia. María le escuchaba, pero llegó un momento en que empezó a imitarle: ponía su voz e imitaba sus gestos y nos matábamos de la risa, el primero su padre.

Las abuelas salvarán la humanidad

Pero ahí no terminó todo. María por fin nos contó un día quién iba a ser su hijo. Íbamos a ser los abuelos del Mesías. Eso no lo había soñado nadie nunca. María me dijo que Jesús necesitaba tener unos abuelos únicos, los más cariñosos del mundo y que nos iba a querer como nadie nos había querido nunca. Yo no pude dormir aquel día. Estaba feliz por tantos motivos: llegaba el Mesías, mi hija sería su madre y yo su abuela. En fin, no está nada mal pasar a la historia como una abuela. Es verdad que soy una abuela bastante joven y dinámica, pero nunca me lo había imaginado. Así es Dios, siempre tan sorprendente.

Dime que no me vas a dejar sola

María llenaba esta casa con su sola presencia. Cuando se fue a Belén al principio me enfadé con Dios porque me la robaba. Me duró un segundo la rabieta porque ella me leyó el corazón y me dijo: «mamá, Jesús nos necesita ahora para hacer que muchas familias sean tan felices como somos nosotros. Dime que no me vas a dejar sola». Y me dio el mejor abrazo del mundo mientras me secaba las lágrimas con su túnica azul. Era como si el cielo me acariciara las mejillas y la alegría volvió a mi corazón. Cuando me

asaltaba la nostalgia me bastaba pensar que María estaría repartiendo cielo por todo el mundo para llenarme de alegría y dejar que ella secara mis lágrimas, aunque estuviera muy lejos físicamente.

CAPÍTULO 9



Herodías: «En mi interior sabía que Juan tenía toda la razón»

«Es que Herodes había mandado prender a Juan y lo había metido en la cárcel encadenado, por motivo de Herodías, mujer de su hermano Filipo» (Mt 14,3)

La especialidad de Dios es recomponer lo estropeado...

Decir que mi vida ha sido un regalo es muy irónico, pero es la pura verdad. Otra cosa es lo que he hecho con él. De todas formas nadie sabe cómo acaba mi historia. Todo lo que hay en ella es muy triste, pero la especialidad de Dios es recomponer lo estropeado. Esa es mi esperanza.

He arrastrado a los que más quería hacia la desesperación

Yo estoy muy estropeada y lo peor es que he estropeado todo a mi alrededor. He empujado a otros

a cometer crímenes horrendos por mi culpa. Yo no me atrevía pero he chantajeado a mi cuñado y a mi hija y los he arruinado. Se han corrompido por mí. No me ha bastado con ser yo infeliz sino que he arrastrado a todos los que más quería hacía mi desesperación. Si hacer feliz a la gente es lo que más llena un corazón, llevar a la gente a la tristeza y a la angustia es lo que más lo vacía.

Me cuesta creer que Dios es capaz de reparar este desastre porque eso es lo que es mi vida: miles de oportunidades perdidas, un corazón bloqueado que no se ha dejado amar, un miedo atroz a no ser feliz que se ha convertido en mi mejor garantía para amargarme.

Sabía que Juan tenía toda la razón

Además, para arreglarlo del todo, tuve todo un profeta, el más grande de los nacidos de mujer que Dios me envió para ayudarme, para hacerme caer en la cuenta de lo triste que estaba lejos de él.

No quise reconocerlo. En mi interior sabía que Juan tenía toda la razón. Me impresionó que Dios se molestara en mí y me mandara un hombre tan santo. Pero también desaproveché ese regalo. No contemplaba otra felicidad que la que yo había programado, la que yo controlaba, la que a mí me apetecía. No me daba cuenta de los límites que me ponía, de la cárcel en la que estaba condenándome a vivir.

Sobre todo tenía miedo a que no me quisieran

He pasado mucho miedo a lo largo de mi vida. Diría que eso es lo que ha dominado todo. Sobre todo tenía miedo a que no me quisieran. Miedo a que me conocieran de verdad y comprobaran lo mala que soy, lo egoísta que son todas mis acciones, lo envidiosa que he sido y la amargura tremenda que hay en mi corazón. Y todo eso lo he vivido sin que nadie se diera cuenta: fingiendo hasta lo ridículo.

Os contarán mi historia y todo quedará al descubierto. Llegó un momento en que no era posible ocultar nada. Por si fuera poco, quedará recogido cómo acabé con Juan. No tengo ya nada que perder. Me queda la esperanza de que mi historia haya servido a alguna mujer y a algún hombre a no dejarse dominar por el miedo. Me encantaría decirles que elijan siempre amar y que eso libera de todos los miedos. Que lo hagan libremente, porque les da la gana. Que no esperen nada a cambio, pero que lo esperen todo gratis. El problema, lo que envenena todo es el cambio, comprar el amor, comprar el cariño, querer asegurar lo que por su misma esencia es libre.

Solo Dios puede hacer el milagro de salvarme, de perdonarme tanto daño como he sembrado, toda la amargura que he repartido. No me queda ninguna solución más que esperar en él, que es lo que tenía que haber hecho desde el principio. Me habría ahorrado mucho sufrimiento, pero sobre todo, no habría envenenado la vida de los demás. Ahora confío en que Dios y su Madre pueden arreglar hasta lo más

estropeado. Necesito cualquier ayuda que podáis ofrecerme. Nunca podré pagaros, pero sé que sabréis comprender mi situación desesperada.

CAPÍTULO 10



María de Betania: «Cada uno tiene la mejor parte porque Dios no hace distinciones»

«Respondiendo, le dijo el Señor: “Marta, Marta, andas inquieta y preocupada con muchas cosas; solo una es necesaria. María, pues, ha escogido la parte mejor, y no le será quitada”» (Lc 10,41-42)

La mejor parte...

La mejor parte. No una buena, ni siquiera muy buena. La mejor. Eso es lo que me ha tocado. El porqué no es nada fácil saberlo, pero es muy sencillo disfrutarlo. ¡Qué lo estudien los expertos y rabinos...! Sus palabras fueron claras y distintas. Me tocó la mejor parte y Jesús la defendió contra cualquiera que quisiera quitármela. ¿Alguien ha tenido un defensor tan eficaz?

Ya os imagináis con qué cara miré a mi hermana cuando Jesús lo dijo y qué mirada tan expresiva me devolvió. Jesús lo advirtió y la miró de tal forma que se le pasó inmediatamente el enfado. Se dio cuenta de que su parte también era la mejor. Es un misterio pero cada uno tiene la mejor parte. Dios es eternamente

justo y no hace distinciones arbitrarias.

¡Qué feliz soy con mi parte! ¡Cómo disfruto recordando aquellos años en que Jesús y su madre venían con mucha frecuencia! ¡Qué sobremesas gozábamos charlando de todo y de nada, riendo y llorando, sintiéndonos amados por Jesús de una forma nueva y exclusiva!

Cada uno es único para Él...

Cada uno de los tres era único para él. Es curioso pero no sentíamos nada de envidia y eso que Jesús trataba a cada uno con detalles muy exclusivos. Nos alegraba mucho comprobarlo. Con él es muy fácil rechazar la envidia, la tristeza, las comparaciones y los celos. Cerca de él te sentías la única, la mejor, la más amada, la predilecta. Es como si diera un valor diferente a lo que eres y no sientes que lo bueno de los demás compita por acaparar su cariño. Al revés, te alegras al descubrir cómo querer también de forma irreplicable a tus hermanos, amigos y conocidos.

El amor de Jesús es así: muy especial, muy rico y muy fácil. ¡Es sencillísimo dejarse querer por alguien así! No exige, no reprocha, solo invita pero es uno el que quiere corresponder como sea. Cuando te ama no lo hace desde arriba ni desde fuera. No te hace ver tu pequeñez. La eleva, la llena de dignidad. Eres consciente de ella pero no te sientes pequeño porque él te hace ver el valor de tu vida a sus ojos. Todo cobra el color de su mirada: la más amable, la más delicada y la más estimulante.

Jesús es mi tesoro, pero Marta es el cofre...

Yo no podía apartar mis ojos de él. Quería escuchar todas sus palabras, sus silencios y su respiración. Marta no paraba de entrar y salir con mil cosas y resoplaba continuamente. Intuyo que ni la miré y eso no debió de gustarle. Jesús estaba tan feliz con mi atención como con la delicadeza de Marta para tener todo a punto. Le debo a mi hermana mi vocación, el momento más grande de mi vida y el amor que me quema el corazón. Nunca podré pagarle lo que hizo esa noche. Dejarme a solas con la mejor parte. Ella tenía su mejor parte pero respetó el deseo de Jesús, con una alegría que me lanzó a dejarlo todo por él. Sin su ejemplo, su ayuda y su visión pegada a la tierra yo no sería tan feliz. Jesús es mi tesoro, pero Marta es el cofre sin el cual no podía guardarlo y disfrutarlo.

CAPÍTULO 11



La cananea que gritó a Jesús

«Entonces una mujer cananea, saliendo de uno de aquellos lugares, se puso a gritarle: “Ten compasión de mí, Señor Hijo de David. Mi hija tiene un demonio muy malo”» (Mt 15,22)

Verla sufrir así era superior a mí...

Mi hija estuvo poseída por un espíritu impuro durante mucho tiempo. Yo sufría lo indecible. Había perdido su sonrisa. Dejó de cantar, dejó de bailar y dejó de ser la alegría de la casa. Lo de menos es que nos hacía la vida imposible: para eso estamos los padres, pero verla sufrir así era superior a mis fuerzas. En realidad, yo estaba sola porque mi marido se fue de casa.

Estaba desesperada

Yo no creo en el Dios de los judíos. Tengo mis propias divinidades pero en estos casos no sirven para nada. Los pobres estamos solos y nos cuidamos nosotros mismos. No puedes esperar a que nadie venga a hacer algo por ti. Pero yo había hecho de todo.

Había hablado con brujos, curanderos, encantadores y sacerdotes de las divinidades. Nadie podía. Si el cariño de una madre tiene límites yo había llegado hasta la frontera. Estaba desesperada. Todo el rato me preguntaba qué había hecho mal. Me perseguía la culpa por cómo sufría mi hija.

Un día oí hablar de Jesús, un judío que era maestro y que hacía milagros. Incluso decían que sanaba y expulsaba espíritus. No quise hacerme ilusiones. Estaba tan abatida. Meses antes no habría podido esperar a que viniera. Le habría buscado hasta el fin del mundo pero ya había tirado la toalla.

CAPÍTULO 12



Mujer que gritó: ¡viva la Madre que te crió!

«... una mujer de entre el gentío, levantando la voz, le dijo: “Bienaventurado el vientre que te llevó”» (Lc 11, 27)

Soy muy lanzada...

Soy muy inquieta. Mi madre decía que soy demasiado lanzada. No tengo mucha vergüenza y digo todo lo que se me ocurre. En general me importa un bledo lo que piense la gente. A veces eso me causa problemas, pero creo que es una ventaja, porque nunca desconcierto demasiado a los demás: ya saben lo que esperar.

Todo el mundo estaba encantado

Aquel día Jesús había estado curando a muchos enfermos y echando demonios. Todo el mundo estaba encantado. Además nos habló de cómo nos quiere Dios y cómo desea que le amemos. Nunca habíamos oído nada igual y además su testimonio tiene una fuerza especial, una autoridad tremenda porque se ve

que es algo vivido, real, espontáneo, muy fresco.

De repente, se hizo un silencio y me escuché decir: ¡viva la Madre que te trajo al mundo! Muchos se animaron y se unieron: ¡vivaaaaaa! Fue emocionante y Jesús sonrió buscando a la culpable del alboroto. Hacía siglos que no me ponía roja pero ese día sentí la mirada de cariño de Jesús que me descubría y entonces todas mis barreras se cayeron. Toda mi pose de mujer fuerte, valiente y lanzada se desarmó. Me vi niña delante de él, vi su cara de alegría, le había divertido lo que dije y se veía que le encantaba. Alcancé con la mirada también a María que se ruborizó. Creo que eso fue lo que me hizo a mí también ponerme como un tomate.

Su voz acariciaba nuestros oídos

Jesús entonces empezó a hablar muy suave y las risas y las voces cesaron inmediatamente. Se hizo un silencio mágico. Su voz acariciaba nuestros oídos y ensanchaba nuestros corazones. Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la ponen por obra. María divertida me miraba con cara de pilla. Era como si me dijera: ya verás cuando te pille a solas, mientras movía la mano como si me diera un cachete.

Me di cuenta de que Jesús nos introducía así en su intimidad, nos abría la puerta de su corazón, nos contaba el secreto de su madre. María estaba guapísima así un poco azorada por haberse convertido en el centro de la conversación pero su hijo lo hizo tan delicadamente que enseguida todas las miradas volvieron a él. Acababa de echarle el mejor

piropo que se puede decir a una madre pero casi nadie se había dado cuenta. Es tan elegante Jesús, tan discreto, tan majo. Vaya familia, menudos tres.

Hacer feliz a Jesús

Al salir Jesús me quedé un rato con María que me pagó mi travesura con un abrazo que nunca voy a olvidar. Eres un peligro público, me dijo. ¿Cómo se te ocurre? Menos mal que Jesús tiene salidas para todo. Ojalá que tú y yo, terminó ella, sepamos guardar su palabra en nuestros corazones y hacerla realidad. Eso le hará muy feliz y a nosotras, ni te cuento.

Le confesé a María que me encantaría que mis hijos fueran como Jesús, tan cariñosos y tan majos como él. Ella me aseguró que con una madre así, no tenía ninguna duda de que serían muy buenos discípulos de Jesús y me llenarían de orgullo. Yo repetiré en unos años – me aseguró – la bobada que tú has dicho y me vengaré, no te creas que esto va a quedar así.

CAPÍTULO 13



La madre de Dimas. Una madre consolada por la madre de Jesús

«Crucificaron con él a dos bandidos, uno a la derecha y otro a la izquierda» (Mt 27,38)

Me he pasado toda la vida rezando por ellos...

¿Qué más puede pedir una madre que un final feliz para sus hijos? ¿Qué más puede pedir una madre que Dios te confirme que tu hijo está salvado? Me he pasado toda una vida rezando y en el peor momento, en el más angustiante, en el momento de mayor desesperación, recibí un consuelo que compensa cualquier pena, cualquier sacrificio, cualquier renuncia. He alcanzado lo único que me interesaba de verdad: devolver a mi hijo a quien me lo regaló. Y además, entregar a Dios su don, no muy estropeado.

Gracias por traerlo hasta aquí

Jesús me miró desde la Cruz como si viera mi angustia, mis dudas. Era como si dijera: «Gracias por cómo has cuidado al “bandido” de tu hijo, gracias por

traerlo hasta aquí, gracias por todas tus lágrimas, tu oración, tu dolor. ¿No ves cómo ha merecido la pena? ¿No ves cómo tenías razón y era muy bueno? Es verdad que es un salteador, un tramposo, pero le van a recordar como el buen ladrón: cuánto bien voy a hacer en el mundo, cuántos corazones voy a salvar, cuánta alegría podré derramar por su ejemplo, por el valor que ha mostrado, por el corazón tan grande que tiene. Y tú tienes la culpa, tú le has enseñado. Parecía que no te oía, que no hacía ni caso, que tus palabras eran contraproducentes. Pero tu amor por él, tu cariño, tu confianza, tu convicción sobre su inocencia y su bondad han producido un fruto increíble, mucho más del que imaginas.

Le has enseñado a no decir nunca basta, a que siempre se puede volver a empezar, a no contar solo con sus fuerzas, a saber pedir ayuda, a comprender que no eres mejor si lo haces solo. En el fondo ha aprendido, gracias a tu cariño, a dejarse querer y por eso acaba de asaltar el Cielo y no ha habido quien le detuviera. Ha demostrado tanta confianza que era imposible decirle que no».

Vi a María rodeándome, abrazándome

Mientras soñaba y disfrutaba estas palabras ni me di cuenta de que un brazo fuerte y seguro me sostenía. Cuando volví de mi nube vi a María rodeándome, abrazándome. Dimas se nos iba pero su rostro ya no reflejaba tensión. No apartaba los ojos de Jesús. Yo no quise distraerle. Se diría que se hablaban, aunque no se decían nada. Compartían el mismo

destino, el hijo de la mejor madre y mi hijo, el Salvador del mundo y el primero de los salvados. Dimas debía ser ejemplo para todos, modelo para generaciones. Indirectamente Jesús me confirmaba en mi papel de madre. No me reprochaba ni me recriminaba cómo lo había criado o “malcriado”. Por primera vez dejé de sentir el vértigo que experimentaba desde que nació Dimas.

En la nueva alianza, robar a Dios se convertía en una actividad cien por cien rentable. Solo había que conocer la contraseña: María. Ella miraba a Dimas con un cariño que me pareció de otro mundo. Hasta una madre como yo puede estar orgullosa de sus hijos si Dios los quiere tanto, si los busca de esa forma, si no para hasta encontrarlos, aunque sea en un patíbulo.

Al oído de cada madre...

Jesús subió al Calvario para salvar al golfo de mi hijo y para llenar de paz mi corazón de madre. Me gustaría decir al oído de cada madre: «No temas. Reza por tus hijos. No desesperes. Dios los quiere más que tú. Te ha regalado un poco del cariño que siente por ellos y por eso les quieres como nadie. Confía en él. Si te fías, nadie los hará tan felices como Dios. No intentes escribir la historia antes de que suceda. Los planes de Dios son mejores, incluso, que los tuyos. Su libertad es garantía de felicidad. Déjales que aprendan a disfrutarla. Nosotras tenemos miedo porque amamos mucho, pero Dios ama más porque se arriesga del todo».

CAPÍTULO 14



I sabel, la prima de la Madre del Mesías

«¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?» (Lc 1,43)

Con María todo es fácil

¿Por qué tengo tanta suerte para que venga la Madre de mi Señor a visitarme? No me lo explico. ¿Qué hace María aquí? Nadie me hacía tanta falta como ella, pero no me atrevía ni a contarle lo que había pasado porque estaba segura que vendría: ella es así. Eso la define. No se detiene ni un minuto de más en lo suyo. Vive para hacernos felices y lo logra como nadie. Ahora no me da miedo nada. Con María será fácil dar a luz a Juan. Este niño es un terremoto: no para quieto. Se ha llenado de alegría al presentir a María.

Ser madre al final de la vida

No esperaba mucho de la vida, y Dios, como siempre, se ha guardado lo mejor para el final. Zacarías no para de preguntarme si estoy bien, si duermo bien. Es que no quiero dormirme. Me da miedo despertar y que esto haya sido sólo un sueño:

es tan maravilloso. Dios es tan bueno. Nunca dudé de que me escuchaba pero comprobaba año tras año que mis peticiones no se cumplían. El sabrá mejor, me decía a mi misma, o quizá él me lo susurraba. Yo sólo quería un hijo y cuando parecía imposible me ha regalado el más grande de los nacidos de mujer.

Dios siempre sorprende con sus planes

Dios me ha sorprendido con sus planes. Ya no haré cálculos nunca más. Quien iba a soñar lo que estoy viendo con mis ojos. Mi prima la Madre del Mesías y yo esperando al precursor. Si me lo dicen antes pensaría que se burlaban de mí. Hubiera sido una broma de muy mal gusto decirle eso a una pobre mujer sin hijos.

Pero así es Dios, le gusta romper los moldes, los esquemas y los planes demasiado pequeños. Le encanta cambiar las tornas. Le apasiona la sorpresa y lo inesperado, lo desconocido, lo que no se puede intuir, el misterio.

Cuando no tenía ninguna esperanza, entró Dios en juego y lo cambió todo

Llegué a pensar que Dios no confiaba en mí, en mi capacidad de cuidar a un niño y no le culpo porque yo lo pienso y estoy convencida de ello. A la vez tenía tantas ganas que me resistía a creer que Dios fuera así. Cuando no había ninguna esperanza empecé a resignarme y acepté, al menos superficialmente, que no sería madre. Entonces sucedió en el templo lo que

ya sabéis: cómo se encontraron Gabriel y mi esposo.

No podía creerlo. Libre de escucharle durante una temporadita: ¡qué bueno es Dios! Y eso no era lo mejor. Dios nos había concedido el mayor regalo. A mi vida no le faltaba mucho para apagarse pero le quedaba lo mejor. ¡Gracias Dios mío! Cuando quieras Zacarías ya puede volver a hablar: estos meses le he leído la cartilla mil veces y me ha tenido que escuchar sí o sí. Creo que no volverá a arriesgarse.

CAPÍTULO 15



La samaritana: recuperar la dignidad de un plumazo

«¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?» (Jn 4,9)

En mi historia lo importante no es mi nombre, sino el dolor

Sólo Jesús conoce mi nombre. Sin embargo, no quiso que quedara constancia en el Evangelio. Él sabe por qué, y yo no niego que tenga mucha razón. En mi historia lo más importante no es mi nombre sino mi dolor. Nunca antes alguien se había acercado para acariciar mi alma como Jesús lo hizo. Nunca nadie me miró con tanto respeto. Nunca nadie me habló como si fuera una princesa, salvo él.

Aquel día en el pozo, Jesús me devolvió de golpe toda mi dignidad perdida. Me abrió de nuevo al futuro. Me ayudó a reconciliarme con mi pasado y me pidió ayuda. Me hizo sentirme útil, no utilizada. Le dio sentido a mi existir, un motivo a mis días y horizonte a mi camino. Dejé de ser una romántica fracasada para convertirme en una mujer llena de promesas y

esperanza. Se me hizo primavera de nuevo. Ya no tenía que arrastrar mi pasado porque él lo había curado y sepultado bajo su ternura.

Ya nada es igual, ahora no me tengo miedo

Estaba loca de contenta. No podía callar. Tenía que contarle todo, pero él ya lo sabía. Me ahorró el mal trago que iba a pasar. Me lo puso muy fácil y me dejé seducir, esta vez por un caballero de verdad. Jesús me ganó con su mirada. No me reprochaba nada. Me ofrecía participar en su misión, preparar su camino en los corazones, me regalaba un tesoro para compartir frente al barro en que me encontré, sumergida hasta las orejas. Me daba una perla preciosa y además gratis. No me podía nada a cambio.

No lo dudé ni un instante. Siempre decido sin pensar y eso me ha llevado muy lejos en el dolor. Esta vez no fue así. Fue muy rápido, pero pensé. No podía dejar escapar esa oportunidad. Nadie se me podía adelantar. Era mi momento. Un instante bastó para que me lanzara, para decirle que sí, que le regalaba todo mi pasado, toda mi honra, todo mi dolor, todas mis heridas y todo el mal que había causado. Todo el agua de mi pozo.

No os puedo contar cómo me miró entonces, cómo brillaron sus ojos, qué emoción sentí en mi corazón: qué privilegio el mío. Ya no soy la misma. Todo ha cambiado, aunque todo parece lo mismo. Ya nada es igual. Ahora no me tengo miedo.

Yo solo tengo que dejarme querer como soy y Él hará el resto

Me basta recordar su mirada para recuperar la confianza, para que desaparezca el fantasma de mis miedos, de lo que soy capaz. Me llena entonces el entusiasmo de saber que soy elegida, escogida, querida incondicionalmente: nadie me conoce como él y nadie se apoya tanto en mí.

Soy muy feliz y no me cambio por nadie. He dejado de maldecirme. Nunca más pensaré que soy un desastre: Él me lo ha prohibido. Gracias Dios mío, me hiciste renacer, me devolviste a la Vida. Nunca te pagaré lo que has hecho.

Tengo por delante toda la vida y unos hijos preciosos. Estaba convencida de que no iba a saber educarlos, y es verdad. Pero ahora con Jesús todo será más fácil. Mis hijos tienen la mejor madre del mundo: la que Dios les ha regalado. Yo solo tengo que dejarme querer como soy. Él hará el resto.

CAPÍTULO 16



Una madre siempre quiere lo mejor para sus hijos: uno a la derecha y otro a la izquierda de Jesús

«¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?» (Jn 4,9)

Sueños de una madre

Siempre he soñado mucho con mis hijos: su futuro, sus planes, sus familias, sus miedos y, sobre todo, los míos. No quería que repitieran mis fallos. Son todo lo que tengo en la tierra, además de su padre Zebedeo, que es un tesoro. Mejor dicho, son lo que Dios me ha dado, sin yo merecerlo. Por supuesto que les riño muchas veces, sobre todo cuando llegan tarde a cenar o dejan desordenada su habitación. Han crecido mucho pero no mejoran.

Muchas veces pienso si no he sabido ayudarles, estar a la altura, ser una buena madre, pero todo eso se me pasa cuando los veo con Jesús. Si están con él no pasa nada. Por eso hoy me he atrevido a pedirle que nunca se separen de él, que estén uno a su derecha y otro a su izquierda en el cielo. Luego me he sentido

ridícula, pero era como si Jesús me animara a decir lo que llevaba en el corazón. No me ha puesto mala cara. Se adivinaba una sonrisa llena de picardía y orgullosa en sus labios. Le han brillado los ojos al responder. Me ha hecho comprender que mi petición le encantaba. He visto en su rostro como se parece a María, su Madre. En otras palabras, me ha dicho que lo importante no es estar a su derecha o su izquierda sino dentro de su corazón. Yo sé que Juan y Santiago están muy dentro. Lo veo cuando habla con ellos, cuando les llama, también cuando les corrige. Eso me encanta, tengo que reconocerlo. Si Jesús, el Maestro, les corrige como yo, es que yo tengo razón, después de todo. Lo malo es que Jesús les corrige de una forma única, y yo no creo que sepa hacerlo tan bien.

Un sueño colmado y mejorado

He sufrido mucho cuando se fueron de casa, cuando llegaron rumores de que habían apresado a Jesús, cuando lo crucificaron. Estuve con su madre, pero ellos fueron cobardes. A Juan se lo trajo Ella a la Cruz, menos mal. Le pedí perdón a María por la traición de mis hijos y me dijo que no me preocupara: que serían dos columnas firmes para la Iglesia. Yo no podía creerlo. María me decía ahora justo lo que yo había pedido a Jesús pero de una forma mejor. Dios ha cambiado mis planes constantemente, pero siempre a favor. Es difícil comprenderlo en el momento en que sucede, pero saber que Dios los quiere más que yo me llena de paz.

Al principio me parecía imposible pero luego lo

he visto hecho realidad y lo asombroso es que no me da nada de envidia, ni siquiera cuando le dije a Juan que María sería su madre en adelante. No me he sentido desplazada sino todo lo contrario: confirmada como madre, respaldada como nunca y valorada hasta extremos insospechados. Ha crecido mi amor a mis hijos porque ahora Dios me ha hecho ver más claro lo majos que son y lo agradecido que está por cómo los he cuidado y por cómo los quiero. ¡Qué bueno es Dios y qué feliz soy!: parecía que me los robaba y me los ha devuelto más guapos que nunca. Su vocación es la mía: madre de los dos apóstoles más majos. ¿Qué más puedo pedir?

CAPÍTULO 17



Susana, una vocación para repartir felicidad, alegría y brillo a los demás

«Le acompañaban los doce y algunas mujeres que habían sido libradas de espíritus malignos y de enfermedades: María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios; y Juana, mujer de Cusa, administrador de Herodes; y Susana, y otras muchas que le asistían con sus bienes» (Lc 8,1-3)

Mi nombre significa alegre, feliz, y eso es lo que me gustaría ser para los demás

Mi nombre aparece en el Evangelio junto con otras mujeres, al final de una lista. En hebreo quiere decir lirio y en egipcio flor de loto. Su raíz significa brillante, alegre, feliz. Eso me gustaría ser: alguien que da felicidad, alegría y brillo a los demás. Pero a la vez ser un poco silvestre y libre, como los lirios y única, como la flor de loto.

Jesús me regaló todo junto. Le acompañábamos por donde quiera que fuera. Procurábamos servirle a él y a sus apóstoles como podíamos. Puedo decir con sinceridad que estaba muy contento y enormemente

agradecido. Él no miente y con frecuencia nos hablaba de lo necesario que era nuestro trabajo y lo fácil que hacía su misión.

Conspirar en la sombra...

Mi nombre solo aparece una vez en todos los evangelios. Fue el bueno de Lucas quien lo recogió. Creo que esto define a la perfección lo que a mí me hubiera gustado: estar un poco en la sombra. No me gusta demasiado que me agradezcan las cosas, solo lo justo. Hago mi trabajo encantada y para mí ayudar a Jesús y facilitar su trabajo ha sido un auténtico don, un regalo en toda regla. He descubierto la comida que le gusta; cómo lavar su ropa rápido y que quede suave, como lo haría su madre; qué vino le atrae más; y muchas de sus costumbres caseras más sencillas. Le encantan los dátiles, las flores y el agua bien fresca. Nunca se queja de lo que falta y eso que muchas veces tenemos que improvisar. Todo le parece delicioso pero el pan recién hecho le arrebatara. También el pescado muy frito, casi crujiente, se lo come de mil amores. Una vez hablé de esto con la Virgen y me dijo que cuando era pequeño no le gustaba nada y se ponía nervioso con las espinas. No es casualidad que todos sus milagros con comida hayan sido con vino, pescado y pan.

La salvación que entra por los ojos...

Él me decía muchas veces y de mil formas diferentes: «Susana, no te das cuenta del valor que

tiene lo que haces. Si supieras lo feliz que me hace, lo tranquila que está mi madre sabiendo cómo nos cuidáis.

Es necesario que la salvación entre por los ojos pero algunos son un poco ciegos y necesitan que les entre por la boca. Para entender el alimento que les voy a dar lo mejor es contemplar cómo nos cuidáis casi mejor que nuestras madres, cómo os importa hasta el último detalle.

Dios mi Padre es así, preocupado e interesado por todo lo vuestro, desde lo más pequeño, que parece insignificante, hasta lo más grande, que parece tremendo.

No te olvides que a los hombres se los gana por el corazón y con el estómago vacío o con frío es difícil que el amor arraigue. Todos necesitamos un hogar, un lugar donde nos quieran como somos, porque sí, donde podamos coger fuerzas después de la fracasos, un cielo aquí en la tierra. Serás la primera de una larga cadena de mujeres heroicas cuyos nombres pasarán a la historia, aunque ni se cuenten sus hazañas, ni sus gestas. Ellas no pensarán, como tú, que hacen nada especial, pero no hay profesión más divina, celestial y épica, nada que se parezca tanto a cómo actúa mi Padre. Él lo ve todo, lo sabe todo, lo conoce todo y lo hace todo, pero no se le ve. Sin él nada existe. Gracias Susana por hacer tan fácil la vida, por hacer tan sencillo querer, por hacer tan gozoso servir».

CAPÍTULO 18



La mujer adúltera: de lo peor a lo mejor en un instante, a través del perdón

«El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra» (Jn 8,1-11))

Me estaba dejando llevar por un precipicio...

No tengo nombre en el Evangelio. La verdad es que después de lo que hice, mejor que no se sepa quién soy. De todas formas, también fui muy agraciada y bendecida por Jesús, así que no salí tan mal parada. Mi vida cambió aquel día. Empecé una nueva vida. Fue su mirada la que me devolvió el valor, la ilusión, el perdón y la dignidad.

Yo era la primera que me daba cuenta de que estaba dejándome llevar por un precipicio. Yo era la primera que no paraba de decirme que era absurdo buscar la felicidad así. Me daba asco vender mi amor y mi matrimonio de esa forma: traicionar por la espalda, buscarme tan egoístamente, ir tan descaradamente a mi bola.

Jesús me dio otra oportunidad y me enseñó a querer de verdad

Pero Jesús me buscó, me salió al encuentro, me ofreció otra oportunidad. Me hizo sentirme limpia de nuevo, capaz de amar como nunca antes se ha amado, feliz de ser como soy y quien soy. Me dio una vida nueva mejor que la que tenía, me dio un regalo mayor, más logrado, mejor acabado. He aprendido a dejarme querer, a no comprar el amor, a aceptarme.

Ya no exijo cariño a mi marido. Tuve que reconocer todo y pedirle perdón. No podía exigir nada, pero es tan bueno. El me dijo que quizá él tenía la culpa porque no me había hecho sentirme querida. Había dejado de cuidarme, de ayudar en casa. Yo estaba desbordada con todos los niños, sus padres, la boda de nuestra hija, y él solo atento a los negocios. En ese momento me pareció que el perdón de Jesús y el de mi marido era prácticamente lo mismo. Yo sentí la misma liberación. Ellos habían asumido la culpa por mí. Ya no me aplastaba mi pasado, ellos me ayudaban a llevarlo. Se hacían cargo perfectamente, sin paternalismos, sin humillarme, levantándose.

El perdón de Jesús y mi marido me liberaron

En el fondo era como si me admiraran. No entendía nada. Yo había defraudado toda su confianza. Había perdido toda la credibilidad. Me desconcertaba que confiaran así. No me sentía digna pero me robaron el corazón con su perdón. Pensaba que ahora

podría exigirme lo que fuera y sin embargo estaba más cariñoso y atento que nunca. En el fondo descubrí lo que había sufrido por perderme. Yo que me consideraba sin ningún valor estaba atónita por el esfuerzo que ponía en hacer que todo fuera igual. No me dejaba hablar de lo que había sucedido y me volvió a ganar con lo que hace veinte años me había deslumbrado en él: lo noble y sencillo de su amor por mí. No había trampa en su forma de ser y yo me aproveché de él. Pero demostró que su nobleza era mucho más inmensa de lo que imaginaba.

Gracias Jesús por habernos ayudado a salvar nuestro matrimonio

¿Por que he tenido tanta suerte de dar con un hombre así? ¿Por qué Jesús se cruzó en mi matrimonio para salvarlo? ¿Por qué se me ha dado una nueva oportunidad que ha hecho todo más bello y apasionante? No tengo ninguna respuesta y dudo que la haya. Dios es así. Cuando todo estaba perdido aparece y arregla las cosas para que queden todavía mejor que al principio.

Nunca pagaré el perdón pero lo mejor es que eso ya no me abruma, me entusiasma, me impulsa y me llena de agradecimiento. Me hace sentirme muy querida, la más querida. Jesús me bendice y hace que mi marido sienta un amor renovado. Es increíble pero he salido ganando después de todo. Solo Dios tiene ese poder, esa capacidad. Es divino ese modo de actuar. De lo peor a lo mejor en un instante a través del perdón.

CAPÍTULO 19



Juana, mujer de Cusa

«Le acompañaban los doce y algunas mujeres que habían sido libradas de espíritus malignos y de enfermedades: María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios; y Juana, mujer de Cusa, administrador de Herodes; y Susana, y otras muchas que le asistían con sus bienes» (Lc 8, 1-3)

Mi nombre en el Evangelio

Estoy muy cerca de conseguir el galardón de ser el personaje del Evangelio que menos gente conoce. Apenas hay algún comentario sobre mi papel, que era fundamental, en la historia de la redención. Lo mismo pasa con el arte. No hay cuadros ni esculturas mías. No aparezco en ningún retablo.

Sin embargo mi nombre está ahí, junto al de mi esposo en el Evangelio. Muy pocas parejas pueden decirlo. Me llamo Juana y soy la mujer de Cusa, administrador de Herodes. Ni la samaritana, ni la mujer de Jairo, ni la cananea. Nada, casi ninguna pareja con el nombre: solo María y José, Isabel y Zacarías, María y Cleofás, Zebedeo y Salomé. Es como si estuviera oyendo a Jesús decir: alegraos porque

vuestros nombres están escritos en el cielo. El mío está en el Evangelio, en la buena nueva, en el certificado más auténtico de cuánto y cómo nos ama Dios.

Junto a mi esposo

Y además aparezco con mi esposo, que como siempre, no hace más que poner su cara bonita. No paro de hablarle de Jesús porque él trabaja para Herodes y eso le tira mucho para abajo, a pesar de lo majo que es. Tengo que recomponerlo cada día cuando llega de palacio. Es mi vida y mi camino al cielo. A veces me enfada porque quiere controlar hasta el último suspiro. Es administrador. Le encanta que todo cuadre. Le gusta saber las cosas con antelación pero a veces no es posible. Poco a poco, el Señor me ha ido haciendo comprender más y más que es una bendición, un tesoro. No es solo mi camino al cielo sino que es ya parte del cielo.

Nadie como él consigue dar paz a mis inquietudes, seguridad a mi angustia y poesía a mis rutinas. Veo la mano de Dios en todo: cómo nos conocimos, nuestros hijos, nuestros sueños y fracasos y finalmente Jesús. Muchas veces he sentido la necesidad de compensar a Jesús con mi servicio y mis bienes, el marido que me ha regalado, pero me he dado cuenta de que no hay dinero en el mundo para pagar este tesoro. Solo me queda disfrutarlo y hacer que me dure hasta que vayamos juntos a lucir nuestros nombres junto a los de María y José. Cuando Jesús resucitó yo estaba con María Magdalena. Jesús

me miró y me transmitió un encargo con tanto cariño que lo sentí como un privilegio: cuida de tu marido y dile que le necesito. Me lo tienes que traer al cielo, por favor.

CAPÍTULO 20



Claudia, la mujer de Pilatos: «En el rostro de María descubrí todo el dolor que había soñado»

«Y estando él sentado en el tribunal, su mujer le mandó a decir: No tengas nada que ver con ese justo; porque hoy he padecido mucho en sueños por causa de él» (Mt 27,19)

Nunca había tenido unos sueños como aquellos

Nunca había tenido unos sueños como aquellos. No era una pesadilla. No era algo irreal. Era tan vivo, tan presente, tan doloroso. Vi a la madre de un condenado a muerte y la acompañé todo el trayecto hasta la Cruz. ¡Qué dolor, qué lágrimas y qué presencia! Nunca he visto a nadie tan frágil mantenerse con tanta fuerza, como un olivo centenario. Ni un reproche, ni una queja, ni un suspiro. Solo lágrimas, a raudales. Grandes como puños, pero finas como perlas. De vez en cuando me miraba como diciéndome: «no me dejes por favor, no me abandones. Te necesito». Y entonces, me abrazaba. ¡Qué vulnerable y qué recia al mismo tiempo! Yo

estaba embelesada. Nunca había visto una mujer como esa y, aunque soy muy envidiosa, no tenía ni una pizca de tristeza en mi corazón. Era todo lo contrario. Me sentía la más privilegiada del mundo de poder acompañar y sostener a esa mujer, que más parecía una reina que la madre de un bandido.

Busqué a Poncio para que me calmara; presentía que eso iba a pasar

Cuando me desperté busqué a Poncio, pero ya se había levantado y salido de palacio. Él es un tesoro. Me da una paz tremenda. Me quiere como nadie en el mundo puede hacer. Es verdad que tiene sus miedos y hacia fuera no los manifiesta. Más bien parece lo contrario: un soldado fuerte y despiadado. Desconfiado e inseguro, es muy inteligente y sagaz. Seguro que me diría algo que pudiera calmar mi angustia.

En la calle había mucho alboroto y gente corriendo por todos lados, de arriba a abajo. Algo se estaba gestando y tuve el presentimiento de que tenía que ver conmigo y con la mujer que aparecía en mi sueño.

Corrí desesperada en busca de mi marido, tenía que avisarle, prevenirle. Esta vez no podía equivocarse. Estaba en juego una madre. Yo no puedo tener hijos, pero intuyo lo que debe ser para una madre perder el suyo porque lo he sufrido. Yo los he perdido todos y mi corazón se rompía cada vez con más fuerza.

Pero su respuesta fue un mazazo en mi corazón...

Por fin lo encontré.

- «Poncio, cariño, suelta a Jesús. Esta noche he tenido unos sueños tremendos».

- «Claudia, me pides un imposible. No me lo pongas más difícil todavía».

- «Poncio, no te equivoques. No te estoy hablando en broma. No es un capricho más. Jesús no puede morir».

- «Mi princesa» - dijo mientras me agarraba fuerte de los brazos - «los judíos no me perdonarán que lo suelte ahora. No van a dejar que se escape su botín. Por favor, ayúdame y vete a casa a descansar. No pienses más en esos hombres. No pueden darnos más que preocupaciones y disgustos. Tú y yo tenemos que ser felices. Nos lo hemos ganado. Ya hemos sufrido suficiente, ¿recuerdas?»

No podía responderle. Estaba bloqueada, en medio de un golpe tan fuerte que no era consciente del dolor que hendía mi corazón.

Entonces tomé la mejor decisión de mi vida

Abandoné su presencia caminando sin rumbo. Desorientada, perdida, absorta. ¡No podía creer lo que me estaba pasando! Todos mis hijos que no llegaron a nacer, estaban como concentrados en Jesús a quien no conocía unas horas antes. Entonces tomé la mejor

decisión de mi vida. Buscar a su madre y acompañarla. Tuve que disfrazarme. Desprenderme de mis vestidos de mujer del gobernador, conseguirme una túnica que me cubriera y salir por una puerta trasera. Poncio no se daría cuenta porque iba a estar muy ocupado todo el día.

Y María me regaló su sufrimiento para que yo la aliviara

Cuando di con ella, su hijo ya caminaba con la Cruz camino del Calvario. Era tremendo, pero me pareció descubrir en sus heridas todo el dolor que había soñado en el rostro de María.

Me acerqué, María se giró y me abrazó como en el sueño. Sentí toda su angustia y a la vez el consuelo enorme que ella experimentaba por tenerme cerca. Era como si supiera que mi marido había condenado a su hijo, pero yo estuviera allí reparando todo. María me ofreció el tesoro de su dolor, de su fragilidad. Me regaló sus lágrimas, a mí que era una perfecta desconocida. Me obsequió con su sufrimiento para que yo lo aliviara. Me obligó a ser su madre, a mí, que no he tenido hijos. Se hizo pequeña, necesitada, vulnerable. Me hizo a mí fuerte pero a la vez tierna, recia y acogedora.

Poncio, como siempre, nos metió en un lío, pero sin saberlo se convirtió en mi camino para el Cielo.

CAPÍTULO 21



La mujer de Jairo, la madre que empujó al jefe de la sinagoga a pedir un milagro

«Viene uno de los jefes de la sinagoga, que se llamaba Jairo. Al verlo, se postra a sus pies y le suplica con insistencia diciendo: -Mi hija está en las últimas. Ven, pon las manos sobre ella para que se salve y viva» (Mc 5,22-23)

Quería que mi marido hablara con Jesús

Me pasé meses insistiendo, con ocasión y sin ella a Jairo que fuera a hablar con Jesús. Pero como siempre, llegó tarde. Hasta que nuestra hija agonizaba no se lanzó y venció sus temores infantiles. Es verdad que era el jefe de la sinagoga, pero la vida de nuestra hija debería haber estado por encima de su cobardía y su prestigio.

Pero llegó tarde...

Al final, ayudándole con mis lágrimas, le empuje a lanzarse. Pero llegó tarde. Nuestra hija murió. Yo me quedé con ella y mi corazón se desangraba de dolor al

ver su cuerpo sin vida. Tanto futuro, tantas promesas, tanta ilusión truncada. Me dolía perder a una criatura que llenaba tanto nuestra vida. Era la mayor de todos sus hermanos y era para mí fundamental en la casa. Todos la querían a rabiar. Sabía hacerse querer como ninguna. Por supuesto también tenía sus rabietas de adolescente. Pero era más una postura exterior que una actitud interior. Tenía sus pataletas y sus arranques de genio, pero era muy cariñosa.

Por fuera parecía muy fuerte pero era pura coraza para proteger su gran sensibilidad. Todo le afectaba un montón. Yo al principio no me daba cuenta, pero terminé descubriéndolo y ella no lo negó cuando lo hablamos. Se limitó a sonreirme mientras me miraba con su cara de pícara diciéndome: de tal palo, tal astilla. Tenía toda la razón.

Lágrimas sin consuelo

La gente a mi alrededor lloraba, trataba de consolarme y se movía intentando paliar el dolor con tareas que eran necesarias en esos momentos. Yo estaba bloqueada. Jairo, mi apoyo en todos estos meses, había salido a buscar a Jesús. Vivir ese momento sin él no se me había pasado por la cabeza y no me resignaba a ponerme a hacer cosas, cuando mi hija yacía inerte. Solo quería abrazarla y apretar su cuerpo sin vida intentando retenerla. Pensaba en el dolor que sentiría Jairo al llegar, en lo largos que se me harían los días y las noches sin ella.

En medio de un gran alboroto llegó Jairo y trajo con él a Jesús. Me eché en los brazos fuertes de mi

esposo y lloré amargamente. Le dije que nuestra hija había fallecido. Jairo me agarró por los hombros y me pidió que tuviera fe. Jesús podría devolvernos a nuestra hija. Eso sí que no entraba en mis planes y no sabía cómo reaccionar. Miles de sentimientos se agolpaban en mi corazón luchando por hacerse con aquel momento indescriptible.

Mi hija dormida

Jesús pidió a la gente que no llorara. Aseguró con gran firmeza que estaba dormida. Un murmullo, una risa entrecortada y un silencio que se podía cortar. Talitah kum! Muchacha, a ti te digo, ¡levántate! Y vi sus ojos que se abrían de nuevo y tuve que cerrar los míos para comprobar que no soñaba y las lágrimas vinieron abundantes y la abracé como ninguna madre lo ha hecho y como ninguna adolescente ha dejado a su madre hacerlo. Y luego lo repetí con Jairo y no sabía qué hacer con Jesús y Él se adelantó y vi sus ojos brillar de emoción y pensé que el corazón me estallaría de tanto gozo. Gracias Señor, gracias por este regalo de hija, que es mejor todavía que el primero porque ahora sé cuánto la quiero y cuánto la necesitas, sé que es tuya y que la quiero cuidar como tu mejor joya.

CAPÍTULO 22



La novia de Caná

«Al tercer día se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y estaba allí la madre de Jesús. También fueron invitados a la boda Jesús y sus discípulos. Y, como faltó vino, la madre de Jesús le dijo: -No tienen vino. Jesús le respondió: -Mujer, ¿qué nos importa a ti y a mí? Todavía no ha llegado mi hora. Dijo su madre a los sirvientes: -Haced lo que él os diga» (Jn 2,1-5) manos sobre ella para que se salve y viva» (Mc 5,22-23)

Salvó mi matrimonio cada vez que hacía falta

Jesús estuvo en mi boda y ese ha sido, sin duda, el mejor regalo que recibí aquel día. Nunca se lo voy a agradecer bastante a María. Cuando le invité me preguntó si podrían venir su hijo y alguno de sus amigos. Le dije que por supuesto y fue una de las mejores decisiones que he tomado nunca, después de elegir a mi marido.

María no es que sea rápida, es que es la más rápida. Aún no han pasado las cosas y ya se ha dado cuenta. Es pura intuición. Ata cabos y acierta siempre, siempre, siempre. Somos muy amigas aunque me saca

unos añitos. Siempre sabía lo que estaba pensando, lo que no me atrevía a decir, lo que necesitaba. Fue la primera que se dio cuenta de que me había enamorado. Siempre atenta, siempre observando, siempre delicada. No es curiosidad. Es verdadero interés, pasión diría yo, por mis cosas. Habla de ellas como si fueran suyas. Cuando le hablé del chico en quien me había fijado me trató como si fuera una mujer madura. Yo estaba enamoradísima y me hizo sonrojar al hacerme pensar en la suerte que había tenido mi novio encontrando una mujer como yo. Me hizo tanto bien, me llenó de tanta seguridad.

Su hijo parece que ha heredado de ella esta capacidad de adelantarse y estar en el sitio oportuno en el momento decisivo. Apareció cuando más lo necesitaba. Como pasará hasta en las mejores familias, algunas veces discuto con mi marido, o me preocupan algunas cosas de mis hijos. La mayor parte de las veces el agua no llega al río, pero en aquella ocasión el río se desbordó e inundó nuestro hogar. Entonces apareció y me recordó que mi familia es la mejor del mundo y que su Padre me había elegido como la esposa que necesitaba mi marido y la mejor madre para mis hijos. Me hizo recuperar la confianza en mí misma y me ayudó a mirar a mi esposo y mis hijos con ojos de madre. El vino de después siempre es mejor. Me llena de paz, me hace olvidar lo que sufre una madre y me hace pensar en todo lo que disfruto. No lo cambiaría por nada del mundo. Recuerdo sus palabras y sus miradas como si estuvieran grabadas en mármol y colocadas en nuestro patio.

Mis hijos me piden que se lo cuente una y otra vez

Mis hijos me han escuchado lo que hizo Jesús el día de nuestra boda y les encanta. Muchas noches, cuando se van a dormir, me piden que les cuente cómo Jesús transformó el agua en vino. No se cansan de oírlo. Yo tampoco me canso de recordarlo. María nos trajo el mejor vino que hizo nuevo nuestro amor y lo llenó de alegría. La más pequeña siempre pregunta: ¿Cómo se dio cuenta? Todavía no he logrado convencerla con ninguna de mis respuestas. María misma me contó alguna vez con todo detalle lo que sucedió aquel día y cómo se dio cuenta de que su hijo aprobaba su intervención.

Entre ellos intercambiaron unas miradas y María levantó sus cejas indicando el lugar donde estábamos mi recién estrenado marido y yo. Entonces dice que vio brillar sus ojos. Quizá recordó entonces lo que María le había contado tantas veces sobre su boda con José y pensó que yo recordaría toda mi vida ese día como algo maravilloso. Quiso regalarme lo que su madre sentía.

La sangre de Jesús es mi salvación

Todos sabréis cómo acabó la vida de Jesús en esta tierra, cómo lo crucificaron. En cuanto me llegó la noticia de su muerte traté de encontrar a María. Me sentía destrozada. Jesús era el que garantizaba mi matrimonio, mi familia, mi felicidad. ¿Qué iba a hacer

ahora? No quería decírselo así a María porque me parecía muy egoísta, pero la encontré tan serena que terminó saliendo a la luz toda la angustia de mi corazón. Ella me dijo que Jesús tenía preparado un vino mejor, como en mi boda. Me hizo ver cómo Jesús quería a la Iglesia que estaba naciendo y que mi unión con mi esposo era un signo de ese amor incondicional. Ahora puedo beber del vino que nunca se acaba, y así soñar con el banquete que Jesús nos está preparando. He aprendido con María a disfrutar de mi marido y de mis hijos, esos dones inmerecidos que Dios me ha regalado para que nunca me olvide de que yo también puedo adelantarme y hacer muy felices a los que tengo cerca.

CAPÍTULO 23



La mujer de la unción en casa de Simón el fariseo

«Al ver esto el fariseo que le había invitado, se decía: “Si éste fuera profeta, sabría con certeza quién y qué clase de mujer es la que le toca: que es una pecadora”» (Lc 7,39)

¿Por qué fui a buscar a Jesús esa noche?

Empezaré mi relato al llegar a casa de Simón el fariseo para ahorrarme sustos y malos tragos a los más sensibles. ¿Por qué fui esa noche a buscar a Jesús? ¿Y por qué no iba a ir? ¿De qué servía retrasar el momento de arriesgarme? Sabía que él lee y conoce los corazones con solo mirarte a los ojos. Los míos lo decían todos: rojos de tanto llorar. Mi vida se había roto una y mil veces.

Solo me quedaba Jesús

Era la última oportunidad. El único que podía salvarme. El único que podía devolverme la dignidad que había arruinado, el respeto que había triturado y el valor que siempre había echado en falta. Jesús me

miró y me dio a entender que lo sabía todo y que no era para tanto. Su mirada me decía que no todo estaba perdido ni mucho menos podrido.

Cuando entré en la casa del pobre Simón para estropearle su fiesta fue fácil encontrar a Jesús. Todos estaban a su alrededor. Toda la decisión que me había empujado a lanzarme un rato antes me abandonó de repente y sentí una vergüenza como nunca jamás he experimentado. Me ardía el rostro, surcado por mis lágrimas y tenso por la expectación que se hizo. El silencio lo llenaba todo y hacía mis lágrimas más dolorosas. Empecé a besar y limpiar sus pies. Los ungué con el perfume que traía. No puedo decir por qué lo hacía ni qué me movía. Me parecía poco para Jesús que me miraba emocionado. No me importaban los demás pero a juzgar por su cuchicheo intuí que no aprobaban mi interrupción.

Jesús hablaba de mí...

Entonces Jesús y Simón comenzaron a hablar y se hizo el silencio. Parecía que estaban ellos dos. Yo no miraba pero no podía dejar de oír lo que decían. Estaban hablando de mí y eso era superior a mis fuerzas, escasas en aquella hora tan intensa. Jesús abrió su alma. No reprochaba a Simón nada. Solamente le explicaba cómo le afectan las cosas y cómo le habían conmovido mis lágrimas y el perfume que yo había llevado. Tenía un olor intenso pero muy aromático y además fresco. Desprendía su fragancia: a limpio, a hogar, a nuevo. Flotaba en el aire, no distraía de lo que yo oía pero le daba un tono diferente.

Insinuaba un final feliz para lo que estaba sucediendo. Sugería que las cosas no eran lo que parecían. Evocaba una vida diferente de la que yo había vivido, llena de miedo, de mentiras y de traiciones. Era un aroma ligero, callado y dulce. La voz de Jesús parecía que se envolvía en su esencia.

Oí lo que todo el mundo debería oír. Mis pecados estaban perdonados a causa del amor que había demostrado a Jesús esa noche. A mí no se me había pasado por la cabeza recibir semejante don. Fui con Jesús porque no podía estar en ningún otro lado ya. El miedo me perseguía y me atormentaba. Necesitaba que alguien me respetara, que alguien me mirara a los ojos, que me diera más valor que unas monedas sucias y pequeñas. Que me diera un sentido para vivir, una nueva oportunidad, una vida nueva.

Era capaz de amar de nuevo

Quería dejar atrás todo lo que había pasado, todo el daño que me habían hecho y el bien que yo había dejado de hacer.

Jesús lo arregló todo en un instante. “Tus pecados quedan perdonados”. Me ofreció una dignidad mayor que la que nunca ha tenido nadie. Me defendió de mis acusadores. Me devolvió mi corazón magullado y lo hizo capaz de amar de nuevo, sin engaños, sin trampas, sin precio y sin medida. Salí de allí nueva, limpia, despejada, feliz, ilusionada y en paz. Agradecida y emocionada no sabía qué decir y Jesús no quería palabras. Me hizo un gesto con la mano de que callara. Lo entendí a la perfección. Él ya sabía que

yo solo quería darle las gracias y él me mostró lo feliz que era viéndome así de contenta.

CAPÍTULO 24



La portera de la casa de Caifás:
«Pedro fue el instrumento
para que yo me encontrara con
su mirada»

*«Entonces la criada que cuidaba la puerta dijo a Pedro:
¿No eres tú también uno de los discípulos de este
hombre? Y él dijo: No lo soy» (Jn 18,17)*

**Sabía que los hombres más bocazas son pan
comido, y me crecí ante Pedro**

Ante un galileo atemorizado como Pedro me crecí, me hice valiente, me hice perversa. Sabía que los hombres más bocazas son pan comido. Cuanto más abren la boca más fácil es humillarlos, vencerlos y destronarlos. Por eso, ante Pedro sentí que mi momento de gloria estaba cerca. Es increíble cómo un hombre puede llegar a ser tan previsible. Le empecé a decir en alto, mi voz se oye a manzanas de distancia, que él también parecía galileo. Yo lo había visto en alguna ocasión con Jesús.

Sentía tristeza al ver a toda esa gente que le acompañaba. Al principio pensaba que me daban lástima porque Jesús los estaba engañando, pero

cuando vi que eran felices, cuando vi sus ojos que decían la verdad, me llene de envidia cochina. Soy la encargada de la puerta y sé perfectamente cuando alguien está mintiendo. Tengo amigas que siguen a Jesús y sé que dicen la verdad, que sus vidas han cambiado, que se han sentido perdonadas y curadas.

Estaba convencida de que todo tenía que pasar por mis manos

Yo he visto mucha vida y tengo ya demasiadas experiencias. Las modas son así: llegan, triunfan, decrecen y se marchan por donde vinieron. Sabía que el fenómeno de los seguidores de Jesús no pasaría y me sentía descartada, no invitada a ese festín. Yo no era digna, era sin más una pobre portera, con una buena voz pero nada más.

Por eso, aproveché al pobre de Pedro para hacerlo carne de mis mejores burlas. Esa noche todo iba a salir según mi voluntad. Se lo tenía merecido el nazareno por no haber contado con la persona que de verdad controla y manda en Jerusalén. Muchas veces pensaba, y estaba convencida, de que todo tenía que pasar por mis manos. Creo que esa actitud, ese control, esa deformación profesional me estaba haciendo daño, me estaba amargando el carácter.

No me atrevía a reconocer que Jesús me había robado el corazón

Arremetí contra Pedro pero era a mí misma a quien golpeaba. Era mi miedo el que caricaturizaba.

Yo tampoco me atrevía a reconocer que el nazareno me había “enganchado”, me había robado el corazón. Sus palabras eran tan limpias, tan suaves, tan dulces. Para una persona como yo, acostumbrada a tratar con la morralla de las «mejores» familias, su voz era un bálsamo, incluso aquella noche en medio de los gritos, los insultos y los golpes. Por fuera adoptaba una postura burlona pero por dentro sabía que estaba tocada de muerte. Era como una leona herida.

Sus palabras salían suavemente de su fina boca. Las pronunciaba delicadamente, como pidiendo permiso para calar en los corazones. No se imponía. A mí todo el mundo me decía continuamente lo que tenía que hacer y por qué debería pasar a la morada que guardo y custodio.

Jesús, en cambio, me pedía permiso para entrar en mi hogar, en mi corazón. Para una portera eso ya es mucho. Estoy muy acostumbrada a desenmascarar las excusas. No había ni asomo de ellas en las palabras de Jesús. Él me invitaba a convertirme en la portera de su paraíso, para cuidar sus puertas, que deberían permanecer siempre abiertas y acogedoras. Sin embargo, preferí lo que ya conocía aunque fuera malo, pésimo mejor dicho. Ya se sabe que el refrán está por algo.

Me había burlado de lo que yo misma sentía por dentro

Fue entonces, después de humillar a Pedro y reírme hipócritamente, cuando vi algo que me hizo rendirme al amor de Jesús. Digo lo de la risa falsa

porque tenía unas ganas de llorar que no podía con ellas. Me había burlado de lo que yo misma sentía por dentro. Me estaba castigando por intentar confiar en Jesús.

Lo que vi en ese instante no es fácil de describir, pero contemplé muy de cerca la mirada de Jesús y las lágrimas de Pedro. Fui testigo excepcional de algo maravilloso. Mentiría si no contara que después de a Pedro, Jesús me miró a mí y lo hizo como nunca nadie lo ha hecho. Yo me puse a llorar como una loca. Las lágrimas de Pedro eran de principiante comparadas con las mías. Yo también llevaba años haciéndome la fuerte, la dura, la fría y todo lo acumulado, todo el amor que necesitaba, acababa de llegar de repente y de la manera más inesperada y sorprendente. Jesús me pedía entrar en mi casa y yo le dije que sí con mis lágrimas abundantes y gozosas. Me sentí perdonada a pesar de tanta resistencia, querida aún en medio de tanta dureza de corazón, esperada después de tanta sospecha. Jesús se sirvió de mí para que Pedro se conociera mejor y Pedro fue el instrumento para que yo me encontrara con su mirada.

CAPÍTULO 25



Las mujeres en el camino de la Cruz: «Jesús nos enseñó el sentido del sufrimiento»

«No lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos pues si al árbol verde lo tratan de esta forma, en el seco ¿qué se hará?» (Lc 23, 28-31)

Mujeres en el camino de la Cruz

¡No me lo podía creer! Nuestra misión es acompañar al que sufre. Lloramos con él para que no se sienta solo. Es lo mínimo y lo único que podemos hacer por alguien en esa situación. En el caso de Jesús nos salía solo. No había que darle ni media vuelta. Era verlo y las lágrimas acudían como río caudaloso a los ojos. Una vez empezaba una, el contagio era cuestión de tiempo.

Sin embargo, al llegar Jesús a nuestro lado, con una expresión de agradecimiento que no soy capaz de describir, nos miró detenidamente y nos rogó: «no lloréis por mí». Nunca unas lágrimas habían estado tan justificadas, nunca había tenido tanto sentido llorar, nunca habían existido tantas razones para sollozar sin consuelo posible. Y sin embargo, Jesús nos

pedía que no hiciéramos caso a nuestro corazón. Nos pedía que renunciáramos a lo que exigía nuestra cabeza. Nos rogaba que fuéramos contra todo nuestro ser.

Él nos enseñó el sentido del sufrimiento

Nos estaba enseñando a llorar, una de las actividades más humanas y más divinas que existen. Nos estaba dando motivos para que las lágrimas fueran perlas, medicina, remedio contra la enfermedad más cruel, la que se cebaba con los débiles y los descartados: el pecado, la desconfianza del amor de Dios, la sospecha de que a Dios no le importamos demasiado.

¡Eso sí que era tremendo! ¡El pecado sí que merecía todas las lágrimas del mundo!!! Además, cada una encontraríamos en nuestras casas muchas de estas razones de peso para gemir: ¡cuánto dolor por nuestros hijos, nuestros maridos! ¡Cuánto rezar hasta verlos felices en el cielo para siempre!

De repente me vino a la cabeza, pensando en el rostro de Jesús, su agradecimiento por nuestro gesto, por nuestra compasión. Era patente que apreciaba infinitamente nuestra compañía y consuelo en aquel momento pero quería mostrarnos el verdadero dolor de su corazón. Lo que destroza el alma de Jesús es el sufrimiento de los hombres que no se sienten queridos por Dios y buscan sustitutos para calmar los deseos profundos de su corazón. No se siente ofendido, pues una pobre criatura no puede quitar nada al que ha hecho todo cuanto existe. Solo llora

ante el suplicio que el pecador padece en su soledad. Haría todo lo posible por ahorrarle esa tortura, pero respeta nuestra libertad. Sufre en silencio mientras se desgarran su sensibilidad y carga con el peso de la culpa.

Nos hizo testigos de la destrucción y el dolor que conlleva el pecado

Nos estaba pidiendo que fuéramos testigos de lo que de verdad le mata: nuestra tristeza, nuestro abandono, el desaliento y la desesperanza de quien no se siente amado.

¡Qué abismo de dolor se nos abrió! ¡Qué lágrimas tan gordas! ¡Qué llanto tan desolador, pero qué paz y qué consuelo saber que acompañábamos al Mesías en su hora más negra y más fecunda!

Entonces, tras de él, apareció María. No era posible sustraerse a tanta amargura y tanta ternura juntas. No hay dolor como el de una madre en ese trance: incapaz de ahorrar nada a su hijo y por eso ofreciéndole con su presencia lo único que puede mitigar tan atroz espectáculo.

Las lágrimas de María eran divinas. La hacían más hermosa que nunca, más cercana y a la vez más inefable: capaz de sostener a Dios y necesitada de nuestra compañía y nuestras lágrimas para acompañar como gotas minúsculas su océano de amor.

CAPÍTULO 26



La viuda del gazofilacio y las monedillas que costó el Corazón de Jesús

«Sentado Jesús frente al gazofilacio, miraba cómo la gente echaba en él monedas de cobre, y bastantes ricos echaban mucho. Y al llegar una viuda pobre, echó dos monedas pequeñas, que hacen la cuarta parte del as. Llamando a sus discípulos, les dijo: -En verdad os digo que esta viuda pobre ha echado más que todos los que han echado en el gazofilacio, pues todos han echado algo de lo que les sobra; ella, en cambio, en su necesidad, ha echado todo lo que tenía, todo su sustento» (Mc 12,41-44)

Un sonrojo como ninguno

¡Qué vergüenza pasé! todo el mundo empezó a mirarme y a cuchichear. Traté de arreglarme un poco el pelo, pero no había mucho que mejorar. Menos mal que mi nombre no ha pasado a la posteridad. Soy viuda desde hace muchos años. Fui la más feliz con mi esposo, durante veintiséis años pero un invierno murió exhausto. Toda la vida trabajando para sacarnos adelante. No tuvimos descendencia y eso me

hacía soñar, paradójicamente, con la llegada del Mesías. Había ofrecido al Señor el dolor de no poder cuidar y querer a mis propios hijos, pero eso hacía que todos los niños me parecieran encantadores. Imagino que me perdía parte de la emoción de educarlos y comprenderlos en sus "mejores" momentos. En todos veía al posible Mesías que esperábamos.

Sentía la necesidad de que el Todopoderoso se hiciera presente, cercano, accesible. Soñaba despierta pensando que podía trabajar para él, cocinarle, arreglarle su habitación, lavar su ropa. Cuando me imaginaba esto, a veces me venía la duda de si no blasfemaba. Hablar así del Mesías no parecía lo más delicado. En el fondo me fascinaba la idea de hacerle un regalo. Pero no tenía nada que regalar.

El cariño por lo práctico

A mí siempre me ha gustado lo concreto. Soy de pocas palabras. Se las lleva el viento. Por eso me gustaba ahorrar de poco en poco y llevar esa ofrenda al templo. Así me veía yo a mí misma: muy poca cosa. Un regalo minúsculo para el Señor. No sé muy bien por qué pero intuía que eso agradaba a quién mejor me conocía.

Aquel día, me sentí descubierta en mi atrevimiento. Qué vergüenza llevar monedas tan pequeñas. No me importaba lo que pensaban. Bueno, no me importaba mucho. Lo que más me humillaba era verme insignificante, sin valor. En mi imaginación había soñado que el Señor sería feliz porque él no

necesitaba nada y tanto le daba mucho que poco. Sin embargo, en ese momento, toda mi pequeñez se puso en pie y parecía que me iba a aplastar.

Jesús esperó a que yo me alejara para que no oyera lo que decía a sus discípulos, pero una tiene ya oficio y lo único que no he perdido es el oído. Pude escuchar perfectamente lo que decía sobre mí y sobre mis monedas. Lo mejor fue el brillo de sus ojos. Estaba agradecido, emocionado, chiflado.

Sé perfectamente cuándo un hombre pierde pie y esa es la cara que ponen. Hablaba a los demás pero se dirigía a mí. Estoy convencida de que él sabía que yo le oía. Explicó a los demás lo que Dios disfrutaba conmigo. Comprobé entonces que mis suposiciones eran verdad. Que ciertamente eran pocas monedas, pero significaban mucho para Él. Que eran su tesoro. Intuí que Jesús se iba a volcar para pagarme ese gesto y que no era capaz de darme cuenta de lo que había hecho. Pienso que fue entonces cuando empecé a creer que era el Mesías. Nadie podía saber tan certeramente lo que había en mi corazón. Nunca nadie había acertado como él al darme lo que necesitaba.

Conocida, regalada, admirada

Nunca alguien me había sorprendido tanto y con tanto gusto. Nunca me sentí tan conocida y tan regalada. Sólo podía ser él. El Mesías tenía que ser como él. Logré escabullirme del tumulto. Algunos ricos estaban discutiendo. Se habían quedado estupefactos. Sus riquezas habían sido menospreciadas. Habían perdido el tiempo tratando

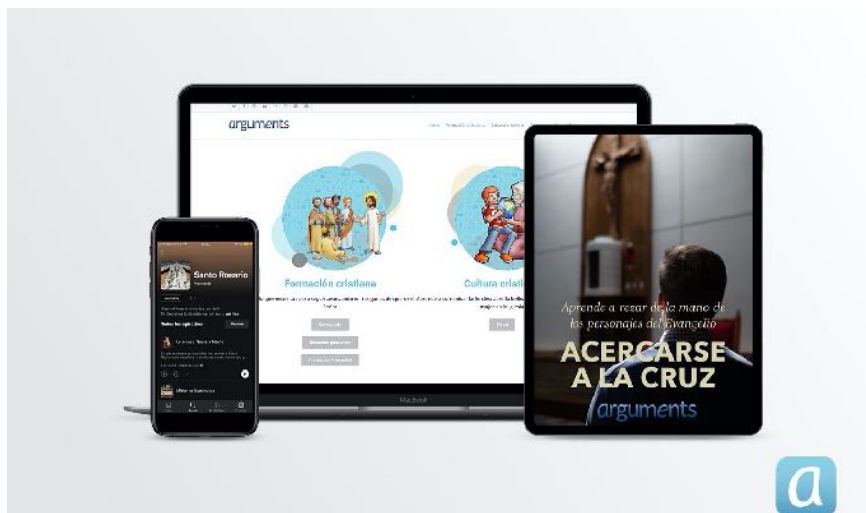
de engañar a sus conciencias y al que todo lo sabe. Nunca quisieron compartir nada. Pensé en lo fácil que es darlo todo cuando no pierdes nada. Bendije mi suerte y me fui cantando de alegría.



Acerca del autor

“Diego Zalbidea fue ordenado sacerdote en 2009 en Roma. En la actualidad, es profesor de Derecho Patrimonial Canónico en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra y es capellán de distintas asociaciones juveniles. Es uno de los colaboradores más activos de Arguments. Es autor también de “Cartas a San Lucas”, “Acercase a Belén”, y “Acercarse a la Cruz”, todos ellos disponibles y gratuitos en nuestra web.

Arguments Catequesis ACERCA DEL EDITOR



Arguments Catequesis es una asociación dedicada a los recursos para la catequesis y las clases de religión en la que colaboran más de 150 voluntarios.

En nuestra [web](#) puedes encontrar recursos para rezar (como el santo rosario en audio, hasta una guía de cómo hacer una buena confesión), recursos sobre liturgia, matrimonio y noviazgo, cultura de la vida, comunicar la fe, vocación... Todos gratuitos y a golpe de clic.

Si te gusta nuestro trabajo y nuestros proyectos, puedes hacer un donativo a «**Asociación Arguments**» (CIF: G31931561), cuenta del Banco Santander ES37 0075 4732 7806 0009 4461 o por [Paypal](#).



También puedes seguirnos en las redes sociales y estar al día de las novedades que vamos publicando:

